

DE GRANADA A PAVÍA. LA EVOLUCIÓN DEL EJÉRCITO ESPAÑOL DESDE 1482 A 1525

José Antonio PÉREZ GIMENA¹

RESUMEN

Como su subtítulo declara, la obra se centra en el estudio de la evolución del ejército español en su tránsito desde estructuras medievalistas, hasta lo que se llegó a denominar como “ejército del Renacimiento”, el cual predominó en Europa hasta finales del siglo XVII.

Esta evolución que abarcaba desde la logística para mantener un ejército permanente; el desarrollo de la artillería y por lo tanto el de los fuertes cuyos lienzos defensivos pudieran hacer frente a los poderosos impactos artilleros; la nueva organización de las unidades de combate, hasta la aparición de armas de combate como el arcabuz que dotaba a la infantería de un novedoso y brutal poder de fuego. Todo ello hizo que la caballería de “hombres de armas” cediese la corona de reina de las batallas a la nueva infantería.

El relato empieza con la visión futurista de Alonso de Palencia que en su obra “El tratado de la perfección del triunfo militar” escrita en 1456, ya mostraba la necesidad de un nuevo concepto de organización del ejército. Sigue el relato con los pasos claves de la evolución como son: La guerra de Granada, Las guerras de Italia, llegando a su conclusión en la batalla de Pavía, donde poniéndose en práctica todos los conocimientos adquiridos, la infantería española destrona definitivamente de reina de las batallas a la más poderosa caballería de su tiempo, la francesa.

¹ Doctor en Historia Moderna por la Universidad Complutense de Madrid. Licenciado en Geografía e Historia por la UNED. Correo electrónico: jpgimena@telefonica.net

Termina la obra con un análisis de uno de los hechos más famosos de esta batalla, cual fue el aprisionamiento del rey francés Francisco I. Para lo que se ha seguido el magnífico trabajo que desarrolló el profesor D. Fausto Arocena Arregui sobre este tema.

PALABRAS CLAVE: La Guerra de Granada; El Gran Capitán; Las Guerras de Italia; Ceriñola; Garellano; Pavía; Carlos VIII; Luis XI; Fernando el Católico; Alejandro VI; Gonzalo Fernández de Córdoba.

ABSTRACT

As declared in its subtitle, the work focuses in studying the evolution of the Spanish Army in its transit from medieval structures to what came to be named “the Renaissance Army”, which was master in Europe until the end of the seventeenth century.

This evolution encompassed from the logistic to support a permanent army to the development of the Artillery, and consequently that of the bulwarks whose defensive walls had to stand the mighty artillery impacts, the new organization of the combat units, down to the materialization of weapons as the arquebuse, that provided the Infantry with a new and shocking fire power. All that made the cavalry, the “men at arms”, to yield the crown of “Queen of battles” to the new Infantry.

The relation starts with the futuristic visión of Alonso de Palencia, which in his work “A treaty on the perfection of the military success”, written in 1456, already showed the need for a new concept of Army organization.

The account follows with the key steps of the evolution, as are: The Grenade War, the wars in Italy, reaching its conclusion in the Battle of Pavia, where by applying all their acquired knowledge, the Spanish Infantry definitely dethrones as Queen of battles the most powerful cavalry of the times, the French one.

The work ends with an analysis of one of the most famous deeds in that battle, as was the taking as a prisoner of the French King Francis I, to which end the excelent work developed by Prof. D. Fausto Arocena Arregui on this subject has been followed.

KEY WORDS: The Grenade War, The “Gran Capitan”, the wars in Italy, Ceriñola, Garellano, Pavia, Charles VIII, Louis XI, Ferdinand “the Catholic”, Alexander VI, Gonzalo Fernandez de Cordoba.

* * * *

1.- INTRODUCCIÓN

El objetivo de este trabajo es el estudio de la batalla de Pavía como punto culminante de la evolución que sufre el ejército español, entre lo que se define como “el otoño medieval”, mediados del siglo XV y 1536, cuando se da acta oficial de nacimiento a la nueva estructura de infantería que se llamará *Tercios*.

Al estudiar los antecedentes de esta evolución, observamos que la mayoría de los autores estudiados utilizaban la palabra *revolución*. Martínez Ruiz y Pi Corrales hablando de la naturaleza de la “Historia Militar” como una unidad de conocimientos, citan la obra de M. Roberts “The Military Revolution. 1560-1660”². Título muy expresivo donde se nos dice que en esos cien años el planteamiento de las batallas, la organización de los ejércitos, la logística, el armamento... etc., cambiaron de una forma tan radical como para justificar el uso de la palabra “revolución”, aunque hablar de una revolución de cien años, deja ese concepto un tanto devaluado, de hecho los autores mencionados, tildan al título de “provocador”.

Ya en 1990, otro gran teórico, G. Parker, cuestiona la cronología de Roberts y en su obra “La revolución militar...” amplía a tres siglos la “revolución”, eso sí, complementando el concepto de revolución militar con el análisis del estatus político que vive el mundo; “el apogeo de occidente”. Los elementos más significativos de esa revolución militar para el autor son: el nuevo concepto de la fortificación, donde se utiliza la “trace” italiana, el empleo progresivo y permanente de las armas de fuego... etc.

Con otro planteamiento sobre el ciclo revolucionario y sus causas, Tilly lo enmarca en tres periodos; el primero, el patrimonialista, con las levas feudales, el segundo o de la transición, entre 1400 y 1700 y el tercero desde el siglo XVIII hasta nuestros días, con los grandes *ejércitos* nacionales. Otros autores como Black, Rogers y Eltis esgrimen como lo definen Martínez Ruiz y Pi Corrales, “tesis cronológicas”.

Quizás el autor que más ha profundizado en la “*revolución militar española*” sea René Quatrefages, que recorta el periodo “revolucionario” español, al detectar sus primeros síntomas en el humanista castellano Alonso de Palencia en 1456-59 y lo desarrolla con las distintas ordenanzas hasta culminar en la de Génova de 1536, donde se da vida oficialmente a la creación y ordenación de los ya referidos “*Tercios*”.

Aparte del tema semántico por el cual deberíamos decidir si utilizamos las expresiones “revolución” o “evolución” (particularmente me

² MARTÍNEZ RUIZ, Enrique y PI CORRALES, M. de P.: Revista de Historia Militar, pág. 129.

inclino por la segunda expresión, ya que la efectiva acumulación de novedades se dan de forma escalonada en lapsos de tiempo relativamente largos), el hecho es que pasamos desde un ejército con una configuración medieval, compuesto por los guardias reales, los vasallos, las hermandades, las tropas señoriales y las tropas municipales, donde la aparición cada vez más efectiva de la artillería empieza a poner en duda la eficacia del castillo medieval y se empieza a pensar en la infantería como un arma más decisiva que la caballería; hasta un ejército donde la infantería se convierte en la dueña del campo de batalla al introducir nuevos armamentos como el *arcabuz* (palabra derivada del alemán “hacken büsche”) y una organización táctica más disciplinada, ágil y efectiva.

El desarrollo de la artillería, provocó la desaparición de los castillos feudales al tiempo que creaba un nuevo concepto de fortaleza con una “traza” italiana, de menor altura y muros oblicuos, cambiando la piedra por ladrillo, configurando un conjunto más resistente a los impactos artilleros, lo que redundará a su vez, en nuevos planteamientos bélicos, disminuyendo el número de batallas en campo abierto, aumentando los cercos de ciudades y alargándose la duración de las guerras.

Los más prestigiosos analistas coinciden en que esta “nueva” infantería hizo al ejército español imbatible a lo largo de siglo y medio. Pero si analizásemos con más calma este efecto y sus causas, veríamos que a pesar de:

- Cambiar las ballestas por las espingardas, introducir los arcabuces y mosquetones en etapas sucesivas en el armamento regular de la infantería.
- La articulación de la infantería en Tercios, Coronelías, Compañías o Capitanías y Pelotones que controlaban y agilizaban sus movimientos tácticos.
- Las formaciones cerradas de piqueros flanqueadas por unidades de arcabuceros (las célebres “mangas”) que las hacían impenetrables a los ataques del enemigo.

Todas estas innovaciones no justifican por si solas esa aureola de imbatibilidad que pasearon los “Tercios” por todos los teatros de guerra durante siglo y medio. De hecho, los países rivales de los Habsburgo, unos antes que otros, adoptaron con una diferencia no mayor a veinte años las nuevas técnicas de infantería. No obstante, el predominio de la infantería española duró, como hemos dicho, cerca de siglo y medio, quedándonos solamente como tema diferencial entre la infantería española y las del resto de los países, el componente humano.

Alonso de Palencia, figura descollante del humanismo castellano y considerado “piedra angular de la reflexión fundamental sobre la evolución político-militar de la monarquía española”³, nos muestra, en su obra alegórica “El Tratado de la perfección del triunfo militar”, todas las virtudes con las que se debe adornar los componentes de un ejército para conseguir el “Triunfo”.

Inicia esta obra Alonso de Palencia, poniendo en escena a un hombre llamado Ejercicio (que representa a España), extrañado de ver que el Triunfo había estado en casi todos los países y prácticamente había despreciado a España a lo largo de los siglos. En consecuencia estaba dispuesto a investigar las razones por las que el Triunfo la despreciaba. Consultó con la Experiencia, que le remitió a su hija, la Discreción, cuyo lugar de residencia era Italia.

En Italia, la Discreción aseguró al Ejercicio su conocimiento de la capacidad militar de España y con el ejemplo de la fundación de Roma, plantea la solución a los males de los españoles. Rómulo había comenzado por reunir en su entorno a algunos paisanos, pero el fundador comprendió que su empresa se retrasaría si no contaba con otro hombre llamado Orden. A través del episodio del rapto de las Sabinas, la Discreción añadía que Rómulo había querido conservar junto a él a una de ellas, “inmaculada”, llamada Obediencia.

En resumen, la solución a los males españoles, según apunta la Discreción, pasa por estar acompañado siempre por el Orden y la Obediencia. Para completar esta parte del relato, la Discreción señaló la importancia de “un buen gobierno”, manifestando la prioridad que daba al militar en este asunto. De todas las Artes, la disciplina militar es la más importante, “porque la libertad humana y peso de la vida consiste en este negocio”.⁴

Estos nuevos conceptos en los que Palencia basa la efectividad del ejército y por lo tanto del Triunfo son; el Orden, la Obediencia y el buen gobierno, pero en los infantes españoles se sumaron otros dos no menos importantes, el Valor y una característica muy singular del soldado español; el Honor y el Orgullo de pertenecer a un cuerpo. El análisis del conjunto de estos valores personificados en el infante español, excede los límites de este trabajo. Como ejemplo paradigmático de estos valores, veamos la actitud del infante español en la derrota de Cerisola, en un impresionante relato de D. José Almirante en su “Historia Militar”:⁵

³ QUATREFAGES, René: La Revolución militar moderna. Ministerio de Defensa, 1996, pág. 68.

⁴ *Ibidem*. Págs. 69-72.

⁵ MAS CHAO, Andrés: La Infantería entorno al Siglo de Oro, Cap. 7. Pág. 193.

«La caballería francesa (...) carga con tal furia, que en un momento deshace y acuchilla la densa masa de tudescos e italianos. La desbandada fue general y bochornosa, tirando las armas y cuanto estorbaba para correr. La infantería española se quedó sola y envuelta por todos los lados. Había en aquellos soldados un instinto militar, un espíritu de verdadera disciplina, que en estos pánicos, lejos de buscar en la fuga la salvación, los unía y apretaba más fuertemente. Aquí como un siglo después en Rocroi, estrecharon filas, formando una especie de reducto de carne aislado en aquel campo de matanza. Sabían que desecha la formación era inevitable la muerte a lanzadas en el campo, o fuera de él vilmente asesinados por el paisanaje, y aquellos hombres impávidos, alejando con sus arcabuces la ardiente caballería, que en torno buscaba, por decirlo así, una brecha, hablaban y discutían con sus jefes sobre las vicisitudes del combate. El valeroso duque de Enghien, al frente de la juventud francesa, embriagada con la victoria, cargó repetidas veces, dejando siempre tendidos algunos de sus mejores oficiales. Renunciando a romper aquel cuadro, envió parlamentarios como a una fortaleza; los españoles celebraron tranquilo consejo, y pesadas todas las razones, se rindieron con sereno porte y suprema dignidad... A 10.000 se hacen subir las bajas de esta sangrienta acción y, lo más extraño, francesas la mayor parte».

El relato es sumamente explicativo para comprender mejor el porqué de ese siglo y medio de primacía de la infantería española en los campos de batalla de Europa. A los factores que daba Alonso de Palencia como imprescindible para el triunfo y que el infante español dominaba en su totalidad (el orden, la obediencia y el buen gobierno del mando), los infantes aportaron otros dos no menos importantes, el honor y el valor, haciéndolos de esta forma, casi invencibles.

Aunque lamentablemente, como dice Sánchez de Toca,⁶ “la Historia no se ocupa del soldado y fueron centenares de miles⁷ los infantes que murieron sirviendo en la Infantería española entre 1476 y 1700”.

⁶ SÁNCHEZ DE TOCA, José María: *La Infantería entorno al siglo de oro*. Madrid, 1994, pág. 39.

⁷ *Ibidem*, pág. 66. Referencia los cálculos basados en el informe del embajador Donato que da una salida de 4.000 soldados anuales de refresco y otra calculando un servicio medio de 10 años para 24.000 soldados de infantería española; en total habían servido en estos años en la infantería española unos 500.000 soldados.

2.- FACTORES Y ANTECEDENTES DE LA EVOLUCIÓN MILITAR

2.1.- *Conceptos generales de la evolución militar*

El hilo conductor de la evolución militar en esta etapa es la afirmación de la infantería como la dueña del campo de batalla, desplazando de ese puesto de honor a la caballería de nobles. Este camino se inicia con la recreación de formaciones cerradas y disciplinadas de peones, continuadoras de las tradiciones de Filipo de Macedonia, Epaminondas y Julio Cesar.

Estas formaciones cerradas, suizas en este caso, son las que destronan la caballería pesada de Carlos el Temerario en la batalla de Grandson (marzo de 1476) que junto a las batallas de Morat (junio de 1476) y Nancy (enero de 1477) en donde además muere el propio Carlos, anuncian la decadencia de la caballería pesada medieval. El alza de la importancia de la infantería se debe, además de a sus propios méritos, a la quiebra de una forma anticuada de combatir.

Alonso Baquer dice que “en términos técnicos, el cambio modernizador a favor de los infantes radicó, primero en el perfeccionamiento de la ballesta y, segundo, en la asimilación del arcabuz.” Esa “asimilación” supuso la conjunción de tres corrientes importantes en el planteamiento de la infantería. El primero queda dicho, las formaciones cerradas de piqueros, con un alto grado de disciplina en sus movimientos, lo que conllevaba la profesionalización del peón y el embrión de un ejército permanente. El segundo, la modernización de la ballesta hasta ser sustituida de forma paulatina por las armas de fuego, primero las espingarda, luego los arcabuces y posteriormente los mosquetes. El tercero es la conjunción perfecta de ambas formas de lucha, picas y armas de fuego, dando lugar al nacimiento de unas nuevas unidades con un planteamiento distinto del combate y un gran poder de maniobra.

2.2.- *El caso español*

En España, la infantería a lo largo de la “Reconquista”, siempre había sido un elemento muy valorado, ya en el siglo XII, los peones de las tropas facilitadas por los municipios, tuvieron una gran importancia. Mientras que en Francia según cita Quatrefages a Philippe Contamine, para tratar de justificar una insuficiencia, «la incapacidad militar del pueblo llano era uno de los fundamentos del orden social», en Castilla continúa el razonamiento de Quatrefages, según las disposiciones militares del Código de la Siete Partidas de Alfonso X el Sabio, era el pueblo el que constituía la base de la acción militar.

Uno de los hitos importantes en esta evolución es La guerra de Granada. En esta guerra se dan una serie de causas que van conformando la “evolución” de la infantería, una de ellas es la influencia del prestigioso modelo de infantería suiza.

En 1482 se detecta la presencia de espingarderos y piqueros. En 1483 y 1484, cronistas como Pérez del Pulgar, nos indican la presencia de mercenarios suizos y hasta el nombre de un capitán llamado Georges que mandaba a 40 espingarderos en Alhama. En 1491 había un grupo, dentro del ejército real, de 29 individuos, independientes de otras unidades del ejército, a los que se les conocía por el nombre de “los suizos”.

La influencia del modelo helvético llega al extremo de que el conde de Clonard (historiador y político español del siglo XIX), creía que la ordenanza de 1487 dictada por el rey Fernando solo era una imitación de los reglamentos militares suizos.

Por otro lado tenemos lo que Quadrefages llama “la hipoteca francesa”⁸. Esto es, una vez terminada la “Reconquista”, los Reyes Católicos vieron que los futuros conflictos bélicos vendrían por su poderoso vecino del norte.

El camino recorrido en la evolución del ejército español y, en especial, de su infantería desde el “otoño medieval” hasta la batalla de **Pavía**, pasa por tres etapas. En ellas podemos analizar por separado los avances conseguidos y su influencia sobre el resto de ese camino de evolución hasta llegar a su cristalización en Pavía.

Estas tres etapas son: Primera: la guerra de Granada. Segunda: las guerras de Italia. Tercera: y solapándose con la anterior, las guerras de los Pirineos o del Rosellón.

2.3.- La guerra de Granada

Como comenta Martínez Ruiz, la guerra de Granada “ha sido considerada por muchos como el acontecimiento que marca en el terreno militar la transición del Medieval a la Modernidad, poniendo de manifiesto en su desarrollo rasgos típicamente medievales... y otros que apuntan ya a los nuevos tiempos”.⁹

Miguel Ángel Ladero Quesada divide la guerra de Granada en tres fases. La primera fase (1482-1484), a la cual titula “la defensa de Alhama”. La segunda fase (1485-1487), son “los años decisivos” de la confrontación. Por último, la tercera fase (1488-1491), corresponde a “las campañas finales” de la guerra.

⁸ QUATREFAGUES, René: Op. Cit. Pág. 77.

⁹ MARTÍNEZ RUIZ, Enrique: Los ejércitos de Isabel I. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

Otro gran analista de esta guerra como es López de Coca precisando más, propone otro tipo de división en cuatro fases y aunque ambos tipos de planteamientos son perfectamente defendibles, vamos a seguir en este trabajo la exposición de Ladero ya que marca el “cambio” a otra forma de batallar más moderna en un tiempo determinado (invierno de 1484-85), al cual, también hace alusión Martínez Ruiz como punto de inflexión en la transición del Medievo a la Modernidad, lo que en definitiva es el tema de este trabajo.

2.3.1.- Primera fase: La defensa de Alhama (1482-1484)

La historiografía ha escogido como el inicio de esta guerra, la toma de la plaza de Zahara por los granadinos. Aun cuando este hecho no era más que uno de los muchos “incidentes” fronterizos, proporcionó la excusa necesaria para realizar los planes que tenían los Reyes Católicos desde hacía tiempo. “si se puede decir que ovimos plazer desto que ha pasado, lo diremos porque nos dé ocasión para poner en obra muy prestamente lo que teníamos en pensamiento de hazer” escribían los reyes al concejo de Sevilla en febrero de 1482, refiriéndose a la “perdida” de Zahara.

Al tiempo del envío de esta carta, salía una expedición real comandada por Diego de Merlo y Rodrigo Ponce de León, con el objetivo de tomar Alhama, plaza que fue rendida a principios de marzo de 1482.

Alhama era una plaza de una importancia estratégica muy alta, ya que estaba solo a diez leguas de Granada (unos 35 kilómetros) y controlaba uno de los dos caminos que unían a la capital nazarí con Málaga a través del paso de Zafarraya.

La importancia de la plaza para el reino nazarí era tal que Abu’-l-Hassan emir del reino de Granada, trató de recuperarla en dos ocasiones y al fracasar en sus intentos, ofreció a los reyes cristianos cambiarla por Zahara, todos los cristianos cautivos que había en Granada y 30.000 doblas de oro. Al no aceptar esta generosa oferta, los Reyes Católicos mostraban cuales eran sus verdaderos objetivos.

En esta primera fase de la contienda, mientras en la zona cristiana había una absoluta unidad de mando, en la zona nazarí empezaron a cristalizar los enfrentamientos entre el emir Abu’-l-Hassan y su hermano Muhammad “El Zagal” contra el príncipe heredero Muhammad “Boabdil” y sus aliados los “abencerrajes”. Estos últimos, dieron un golpe político liberando al príncipe de su cautividad en la Alhambra y proclamándolo Emir, al tiempo que su padre y su tío “El Zagal” se refugiaban en Málaga.

La actividad bélica se fue desarrollando con suerte repartida entre los bandos cristianos y nazaríes. A la derrota cristiana en la "Ajarquía" o también llamada "Lomas de Málaga" con lo que "el Zagal" y su hermano Abu'l-Hassan, obtuvieron un importante prestigio, se contraponen la victoria cristiana de Lucena, donde fue hecho prisionero el nuevo Emir Boabdil, que había tratado de emular el prestigio conseguido por su padre con la victoria de la Ajarquía.

El aprisionamiento de Boabdil puso en práctica un conjunto de pactos consistentes en treguas, vasallajes y tributos que presentaron al joven Emir ante su pueblo como el adalid de la terminación de la guerra con una paz pactada, la cual era deseada por la mayoría de la población rural y rechazada por el sector intransigente, en especial por los alfaquíes y otros dirigentes religiosos y la mayoría de las poblaciones urbanas. La ruptura granadina ya no era ahora solo "in capite" ahora había conseguido calar a la población. En el aprovechamiento del aprisionamiento de Boabdil, se hizo notar la mano maestra de ese gran político que fue el rey Fernando.

El resto del año 83 fue pródigo en escaramuzas y enfrentamientos fronterizos de los que cabe destacar, por el bando cristiano, la recuperación de Zahara y la victoria en la llamada "batalla de Utrera o Lopera".

Un año después, se mantuvo la actuación bélica en los mismos términos que los dos años anteriores hasta junio. En este mes, el rey Fernando pone asedio y rinde la plaza de Alora y posteriormente la de Setenil a diez kilómetros de Ronda.

En estos dos asedios interviene activamente la artillería lo que permite abreviar las negociaciones de capitulación.

En esta fase, los enfrentamientos se efectuaron bajo el concepto medieval de la guerra. Esto es; los reclamos del rey, concentraciones, planteamiento de las batallas y cercos y disolución de las huestes después de finalizada la campaña. No obstante existen dos factores que empiezan a aflorar en el transcurso de esta fase dentro del planteamiento bélico. El primero se refiere a las cada vez más importantes masas de combatientes que utiliza el bando cristiano y que repercute en unos problemas logísticos (abastecimientos, economía, etc.) nunca planteados antes a ese nivel. El segundo es la utilización progresiva de la artillería, hasta convertirse en un elemento esencial del asedio, como son los casos de Alora y Setenil en la segunda mitad del 84.

2.3.2.- Segunda fase: Los años decisivos (1485-1487)

Las campañas de esta segunda fase fueron las que marcaron la derrota nazarí en esta guerra. Se planteó en el bando cristiano una planificación de actividades para cohesionar una serie de actuaciones que tuvieron lugar en estos años.

El plan cristiano fijaba tres objetivos: Ronda, como foco más activo en la guerra fronteriza. Málaga, como centro económico del reino y la vega de Granada, como centro abastecedor de la ciudad.

La campaña comenzó en abril del 85, con la toma de cinco plazas en el camino a Málaga, pero el Zagal ya había preparado bien a la ciudad para defenderse. Teniendo conocimiento de esto, el rey Católico varió sus planes y se dirigió a Ronda. El asedio empezó el 8 de mayo, el 18 de mayo, tomó el arrabal tras un “intenso bombardeo” y el día 22 se rindió la ciudad después de haberle cortado el suministro de agua. Con Ronda se rindieron también todos los fuertes de la serranía, así como Marbella. La frontera avanzó más de 100 km, llegando a las cercanías de Málaga.

La segunda, en septiembre del mismo año, tenía como objetivo la toma de Moclín, uno de los castillos que defendían La Vega, pero el Zagal derrotó a la vanguardia cristiana ya cerca de Moclín, de modo que el rey se retiró hacia Jaén, conquistando dos castillos que amenazaban esta plaza.

Por el lado nazarí, la lucha por el poder no cejaba, desgastando enormemente su potencial de respuesta. La lucha por los “derechos” al trono se desarrolló de la siguiente forma:

- Boabdil volvió al este del emirato en septiembre de 1485, apoyado por Castilla, los abencerrajes y una gran parte de la población rural.
- Fue extendiendo su dominio gracias a que su tío no era reconocido como emir fuera de las ciudades.
- En marzo de 1486, el arrabal granadino del Albaicín se alzó a favor de Boabdil, comenzando una terrible lucha callejera en la capital hasta que, a finales de mayo, ambos bandos vieron la necesidad de unir sus fuerzas ante el avance castellano. Boabdil reconoció a su tío la condición de emir a condición de “conservar sus dominios al este del emirato”.

Estas luchas que tanto debilitaron al emirato granadino, nos llevan a recordar las luchas habidas en 1009, con la creación de los reinos taifas y la reflexión, tres siglos después, de Ibn al-Jatib que en su desesperanzado y bellísimo análisis decía:

“Las gentes de al-Andalus acabaron en la discordia, desunión y separación de un modo desconocido en la historia de ninguna otra nación, a pesar de la proximidad del país respecto a los adoradores de la Cruz. Ninguno de ellos poseía (el derecho) de herencia al califato, una pretensión razonable al emirato... (a pesar de todo esto) convirtieron regiones en sus feudos, se repartieron entre sí las

grandes ciudades, fundaron ejércitos, nombraron jueces y adoptaron títulos(...). Sin embargo, se engañaban a sí mismos con títulos como: “fiel”, “defensor”, “agradable”, “afortunado”, “competente”, “conquistador”, “paladín”, “victorioso”, “vencedor” e “íntegro”. Como diría el poeta: Lo que más detesto en al-Andalus son los nombres “defensor (al-Mu’tadid) y “fiel” (al-Mu’tamid). Apelativos de reinos inexistentes. Como cuando el gato ruge imitando al león.”¹⁰

Salvando las lógicas distancias, estas reflexiones de Ibn al-Jatib, eran una premonición de lo que un siglo después ocurriría en Granada. Donde unos “nuevos gatos tratarían otra vez de imitar al león”.

Los objetivos marcados por los cristianos para la campaña de 1486, eran la toma de Loja, plaza que vigilaba el otro camino a Málaga y el resto de fortalezas de la Vega.

Para la toma de Loja, primero se aisló la plaza con una línea de fosos y estancias fortificadas. El lunes 22 de mayo se asaltaron los arrabales y ese mismo día se bombardeó la ciudad y las murallas, continuando el bombardeo hasta el día 28. El día 29 Loja capitulaba, siendo de nuevo cogido prisionero Boabdil que trataba con su presencia defender la plaza, apelando a los tratados que firmó con los Reyes Católicos. Con esta conquista, Málaga quedaba aislada de Granada y se abría la puerta principal a la Vega y a sus restantes fortalezas que no tardaron en rendirse. Illora, Moclin, Colomer y Montefrío capitularon en el mes de junio. Fue tan decisiva la artillería para la conquista de estas plazas que el cronista Andrés Bernaldez comentó “en otro tiempo la menor era bastante para tenerse un año e no poderse tomar sino por hambre”.

Con respecto a Boabdil, el rey Fernando dio otra lección de astucia política. A pesar de su “traición” Boabdil prestó, otra vez, su vasallaje y obtuvo la promesa de ser nombrado “duque” o “conde” de una amplia zona, si conseguía “recuperarla” en un plazo de ocho meses. Dicho en otras palabras, ya no se habla de emir sino de títulos cristianos. Además su futuro territorio se lo tenía que coger a su tío con la espada en la mano. En septiembre volvió al Albaicín y con la ayuda de los alcaides castellanos de las fortalezas de La Vega, resistió todos los ataques de El Zagal.

Los Reyes Católicos iniciaron la campaña de 1487 con el objetivo de rendir Málaga y en abril las tropas cristianas pusieron cerco a Vélez Málaga. El Zagal intento levantar el cerco de la ciudad pero fue derrotado, al no atreverse a volver a Granada se retiró a Almería, de esta forma Boabdil se hizo con el control de Granada. Vélez Málaga capituló el 27 de abril.

¹⁰ LÓPEZ DE COCA, José Enrique y PEINADO SANTAELLA: Historia de Granada. Cita de Ibn Al-Jatib. Granada, 1987, págs. 175-6.

Ante esta nueva situación nazarí, los Reyes Católicos reconocieron nuevamente a Boabdil como “el rey de Granada, nuestro vasallo”, como se ve un título algo ambiguo.

El asedio a Málaga, entre mayo y agosto de 1487, fue numantino. El ya citado cronista Andrés Bernáldez escribió “e ellos, como personas de España e segundos zamoranos (haciendo alusión a los numantinos), esforzadamente salían a pelear e dar en las estancias...e ninguna mención fazían de entender en partido, sino de pelear e defender la ciudad”. El párrafo no puede ser más jugoso, intitula a los malagueños como “personas de España” y, por esa condición, herederos de los valores numantinos. Por otro lado, nos indica que para defender su ciudad se unieron todos sin “mención de partido”.

El sitio de Málaga hizo cambiar los procedimientos que hasta ese momento se estaban aplicando a la guerra.

- Cambió la técnica de asedio, que por primera vez se usaría para una gran ciudad dotada de puerto y pertrechada con una artillería capaz de alcanzar el real cristiano.
- Desapareció el tipo de guerra corta que permitía no alterar la vida agraria de Andalucía. Pero en este año la larga duración de la guerra, causó una gran demanda de abastecimientos no siempre satisfecha, lo que produjo desertiones en el bando cristiano.
- Los problemas de logística en general (pago a las tropas, renovación de combatientes, renovación y provisión de armamento, etc.) se afrontaron a costa de los recursos de la Hacienda, tanto con los presentes como endeudando los futuros.

A todo ello había que añadir el tipo de lucha que se estaba desarrollando, con una violencia sin precedentes. Nuestro ya conocido Bernáldez decía “las cosas del cerco de Málaga no hay quien contarlas todas pueda”. Combates terribles a lo largo de todo el cerco, bombardeos sobre la plaza y sus fortificaciones, intentos de minar la muralla y hasta la presencia de la reina Isabel en el real demostrando la firme determinación de conseguir el objetivo, hicieron que el pendón de Castilla ondeara en la Alcazaba el 18 de agosto, cuando el hambre y no otra cosa rindió a los heroicos malagueños.

2.3.3.- Tercera fase: Las campañas finales (1488-1491)

El esfuerzo bélico hecho el año 87, requería un tiempo de recuperación. No obstante en junio del 88, las tropas y artillería, andaluzas en su mayor parte, consiguieron la capitulación, sin apenas esfuerzo, de

extensas zonas como el valle del Almanzora, la sierra de los Filabres, los dos Velez, Mojácar, Huescar, etc. Las razones dadas a este “paseo militar” provenían de las seguridades otorgadas a los musulmanes que iban a ser vasallos del futuro rey Boabdil, según lo acordado en 1487.

El objetivo para la campaña de 1489 era asestar un golpe definitivo a El Zagal, dueño de Almería, Baza y Guadix, escogiéndose Baza como primer objetivo. Esta plaza estaba muy bien pertrechada y había sido puesta en estado de defensa, permaneciendo El Zagal en Almería en previsión de una maniobra de distracción similar a la ejecutada en la toma de Ronda.

Las operaciones iniciales del asedio de Baza, como la tala de huertas, fortificación del cerco y emplazamiento artillero, llevaron desde el mes de junio hasta comienzos de octubre. Con la llegada del otoño, tradicionalmente se habría levantado el cerco, pero esta vez no fue así. Después de las experiencias tenidas, los medios de acción habían evolucionado mucho; a los reales desmontables les sucedieron campamentos fijos que eran como pequeñas ciudades, se sembraban los campos en previsión de largos asedios y se comenzó a instalar de una forma más óptima la artillería, ya convertida en arma fundamental del asedio. De modo que ante la inminente amenaza de bombardeo, Baza capituló el 7 de noviembre.

En los días siguientes el Zagal entregó Almería y Guadix con todos los lugares a su mando, después de haber obtenido unas condiciones benévolas de rendición.

El fin de el Zagal situaba a Boabdil ante la tesitura de la inmediata entrega de Granada y, temiendo una grave revuelta interna, se apresuró a enviar a su alguacil Abu'-l-Qasim, a Córdoba, donde estaban los reyes, para “iniciar negociaciones”. Los reyes exigían que se entregara la ciudad, pero el emir, cogido entre “dos fuegos”, la población granadina y su pacto con los Reyes Católicos, eligió continuar la guerra para responder a la demanda de una población que temía perder su independencia.

En abril de 1491, se concentraba un gran ejército cristiano entre Loja y Alcalá la Real, instalando el real en el Gozco, a una legua de Granada, llamándole Santa Fé y rodeándole de “marjales” para evitar la posibilidad de grandes combates y facilitar la comunicación con Loja.

Los combates de 1491 han sido muy estudiados y también fantaseados. Los lances y duelos singulares dieron lugar a un desgaste mucho más perjudicial para los granadinos.

Al fin, el 25 de septiembre, se firmaron tres documentos donde se detallaban las condiciones de capitulación de la ciudad. Según Carriazo¹¹ “tres llaves abrieron a los Reyes Católicos las puertas de Granada: la fuerza militar, empleada a última hora con bastante prudencia, el hambre de los granadinos y el soborno de sus jefes”. Y aunque se había fijado inicialmente la entrega efectiva de la ciudad para mayo de 1492, sin embargo, a primeros de diciembre se acordó, con el fin evitar alborotos, entregar la ciudad lo antes posible.

Al amanecer del día 2 de enero de 1492, en el salón de la torre de Comares, Boabdil hizo entrega a don Gutierre de Cárdenas de las llaves de la fortaleza. La entrada oficial de los reyes con su Corte, tuvo lugar el día 6 de enero.

Hemos visto a lo largo de esta guerra de Granada, el desarrollo de nuevas soluciones logísticas, nuevos planteamiento de largas campañas, un mando único sobre grandes masas de soldados que paulatinamente nos lleva hacia un ejército fijo y más profesional, también hemos ido observando el desarrollo de una artillería cada vez más efectiva y definitiva.

Nos falta ver ahora ese mismo desarrollo pero centrado en la infantería, la conjugación de los tres valores citados por Alonso Palencia para conseguir el Triunfo. En pocas palabras; el salto de “peón a infante”, alcanzando una dignificación que en esta guerra de Granada era todavía impensable. Todo ello se alcanzará en las campañas de Italia con el Gran Capitán y tras un periodo de evolución, llegará a su madurez en la batalla de Pavía.

2.4.- Las campañas de Italia del Gran Capitán

Dos fueron las campañas donde intervino el Gran Capitán, Gonzalo Fernández de Córdoba, en Italia. La primera empezó en 1495 con el desembarco de Don Gonzalo en Sicilia, hasta su retorno a España en 1498, y la segunda, desde su salida de Málaga hacia Nápoles en 1500, hasta la rendición de Gaeta en enero de 1504.

En ambas campañas se aprecia un factor de armonía en la evolución militar, ese factor de armonía es el genio militar de Fernández de Córdoba que, desde aprendiz a capitán en la guerra de Granada, se convierte en el maestro de una escuela donde se forjarán los brillantes comandantes de los tercios españoles. Analicemos pues ambas campañas, para ver esa evolución y su reflejo en las futuras actuaciones de la infantería española.

¹¹ LADERO QUESADA, Miguel Ángel: La Guerra de Granada. Madrid, 1969, pág. 74.

2.4.1.- Primera campaña (1494-1498)

1494: Razones de la intervención española

El 25 de enero de 1494 falleció el rey Fernando I de Nápoles, sucediéndole su hijo Alfonso II, el cual no gozaba de grandes simpatías entre sus nobles. Estas circunstancias animaron a Carlos VIII de Francia a reclamar la corona de Nápoles invocando los derechos de la Casa de Anjou. Le apoyaron en sus pretensiones el duque de Milán, Luis Sforza “el Moro”, las familias italianas de los Orsini y los Colonna, los duques de Ferrara y la república de Génova. Florencia, después de la muerte de Lorenzo el Magnífico, era demasiado débil para oponerse, y Venecia permaneció a la expectativa. Carlos VIII entró en Italia cruzando los Alpes en agosto de 1494. El ejército expedicionario estaba creado sobre la base de mercenarios suizos, alemanes y franceses contratados para que el rey no estuviese a merced de “huestes medievales”. Su ejército estaba formado por unos 12.000 soldados de infantería armados de picas, ballestas y arcabuces; unos 11.000 jinetes y 140 falconetes, cañones y culebrinas. La artillería estaba servida por 1.000 artilleros.

Carlos VIII recorrió Italia; pasó por Turín, Milán, Florencia y Roma, donde entró el 31 de diciembre. El Papa Alejandro VI, se vio obligado a refugiarse en el castillo de Santángelo y a ceder a Carlos VIII cuantas plazas necesitase para su invasión, entre ellas el puerto de Ostia.

Los Reyes Católicos, ante el peligro que esa invasión suponía para la isla aragonesa de Sicilia, habían enviado embajadores a Francia y a Roma antes de la invasión. El embajador Alonso de Silva, no logró convencer a Carlos VIII de que desistiera de sus propósitos, si bien le hizo saber que el rey de Aragón se vería obligado a socorrer a sus parientes y aliados. Por su parte, el embajador Garcilaso de la Vega informó al Papa de esta postura. Inmediatamente, los reyes de España enviaron una escuadra al mando del almirante Galcerán de Requesens, para reforzar al virrey de Sicilia, Hernando de Acuña, e iniciaron los preparativos de una segunda escuadra en Galicia y Vizcaya para trasladar a Sicilia un cuerpo expedicionario al mando de Gonzalo Fernández de Córdoba, personaje que se había distinguido en la guerra de Granada.

Entretanto, Alfonso II de Nápoles había sido derrotado en Génova y en el curso inferior del río Po por el ejército de Carlos VIII. Los nobles napolitanos obligaron al rey a abdicar en su hijo Fernando, duque de Calabria. El 28 de enero el ejército de Carlos VIII salió de Roma hacia Nápoles. Al ser derrotado también Fernando II por Carlos VIII en San Germano, junto al río Garellano, huyó a Sicilia, donde pidió auxilio a sus parientes los Reyes

Católicos, a los que transfirió el 11 de febrero la jurisdicción de cinco fortalezas clave para el dominio de Calabria: Reggio, Crotona, Squilace, Tropea y La Amantia. Carlos VIII entró en la ciudad de Nápoles el 22 de febrero tras lograr la rendición de la fortaleza de Castelnuovo, defendida por Alfonso de Ávalos, I Marqués de Pescara. Tres meses después, el 12 de mayo, se hizo coronar Emperador y rey de Jerusalén.

Mientras tanto, la diplomacia española había creado la Santa Liga con el emperador Maximiliano, el Papa Alejandro VI, Luis Sforza de Milán (arrepentido de su anterior apoyo a la invasión francesa de Nápoles) y el Estado de Venecia, contra el rey francés. El 31 de marzo de 1495 se firmó el tratado de formación de la Santa Liga.

Ante la creación de la Santa Liga, Carlos VIII emprendió una rápida retirada hacia el norte de Italia, dejando guarnecidas las plazas más importantes de Nápoles y un ejército de unos 6.000 soldados suizos, los mejores soldados de la época, y otros tantos gascones, apoyados con buena artillería y excelente caballería. Una escuadra les abastecería de refuerzos y víveres en caso necesario. Al mando del ejército dejó a Gilberto de Borbón, duque de Montpensier, en calidad de virrey de Nápoles. Con las tropas restantes, Carlos VIII salió de Nápoles el 20 de mayo. En su regreso a Francia venció a las fuerzas venecianas y milanesas que trataban de cortarle el paso, en la batalla de Fornovo, el 6 de julio de 1495.

1495: Operaciones de Calabria y Seminara

El 24 de mayo de 1495, Fernández de Córdoba llegó a Mesina con 5.000 infantes y 600 jinetes. Allí conferenció con el rey de Nápoles para establecer el plan de reconquista del reino. Fernando II era partidario de atacar directamente la capital, pero el español le convenció del grave riesgo que corría de ser derrotado. Los franceses habían ocupado casi todo el sur de Italia excepto Ischia, Brindisi, Gallípoli y la fortaleza de Reggio. Fernández de Córdoba propuso operar en Calabria, donde los franceses tenían las plazas peor guarnecidas y donde la población sería adicta a las tropas españolas por proximidad a Sicilia, base natural de partida de toda la operación.

El ejército español desembarcó en Calabria el 26 de mayo. En sus filas formaban los capitanes castellanos Alvarado, Peñalosa, Benavides y Pedro de Paz. Allí se les unieron 3.000 voluntarios napolitanos y calabreses reclutados en nombre del rey Fernando II y fuerzas mercenarias tudescas al mando del marqués de Pescara.

Fernández de Córdoba inició la campaña con una serie de marchas y contramarchas, rehuyendo los combates decisivos con el enemigo y tomando aquellas plazas y puestos que podían servirle para futuras operaciones.

Con ello, pretendía tres cosas: Primero; desconcertar al enemigo. Segundo; acabar de instruir a sus “bisoñas”¹² tropas. Y tercero; tratar de lograr adhesiones al rey de Nápoles. En un mes había tomado posesión de las cinco fortalezas concedidas por el rey Fernando II, aunque los puntos clave seguían en manos francesas.

El Señor de Aubigny, gobernador de la Calabria y segundo del duque de Montpensier, viendo los progresos del ejército hispano-napolitano, se dispuso a combatir cuanto antes y reuniendo un ejército de 400 hombres de armas, 600 caballos ligeros, un cuerpo de infantería suiza y otro de milicias del país, se dirigió a Seminara para presentar batalla.

Fernández de Córdoba aconsejó al rey no aceptar la batalla, al desconocer el potencial francés y desconfiar de la calidad de los voluntarios napolitanos, proponiendo la retirada a la plaza de Seminara y analizar al enemigo. El monarca influenciado por sus capitanes decidió presentar batalla al francés. El 21 de junio, las tropas aliadas se desplegaron en unas colinas al este de la plaza a cuyo pie discurría un riachuelo vadeable.

La disposición de las tropas fue la siguiente: A la derecha los 1.000 infantes y 400 jinetes españoles; a la izquierda los 6.000 voluntarios napolitanos y calabreses de Fernando II. El Señor de Aubigny formó a su caballería, y a su derecha colocó a los piqueros suizos. En su retaguardia, dejó las tropas del país.

Comenzaron el ataque los “señores de armas” franceses, avanzando hacia el riachuelo vadeable. Los 400 jinetes españoles se lanzaron sobre ellos para tratar de desorganizarlos. El Señor de Aubigny y su lugarteniente Precy se lanzaron sobre su caballería para rehacerla y lanzarla de nuevo al ataque. Los españoles, fieles a sus tácticas guerreras aprendidas durante la lucha contra los moros, retrocedieron a sus posiciones para reorganizarse y volver a la carga.

Los napolitanos, creyendo que la caballería española huía, se dieron a la fuga sin llegar a pelear. El Señor de Aubigny lanzó sobre ellos su caballería haciendo gran carnicería. En el campo de batalla quedó solo la infantería y caballería españolas que al mando de Fernández de Córdoba inició una ordenada retirada hacia Seminara. Esta fue la única derrota del general español, si bien no fue achacable a él.

Tras la batalla, Fernández de Córdoba abandonó las plazas ocupadas y se refugió en Reggio, mientras que Fernando II se trasladó a Sicilia en busca de refuerzos, volviendo al poco tiempo con la escuadra del almirante

¹² “Bisoño”, del italiano “necesito”, término acuñado en los Tercios Viejos para referirse a los nuevos soldados que, viniendo de España, no sabían dónde procurarse sus más básicas necesidades (bisoño pane, bisoño vino).

Requesens y un reducido ejército. Logró atraer al duque de Montpensier que le buscaba desorientado, mientras el rey entraba en Nápoles al frente de las tropas del marqués de Pescara que Fernández de Córdoba le había cedido.

El señor de Aubigny, creyendo tener arrinconado al español, envió a Precy a Nápoles para reforzar al duque de Montpensier. El duque regresó a Nápoles, pero una vez allí se vio obligado a encerrarse en los fuertes de la ciudad por el acoso del pueblo sublevado, las tropas de Fernando II y la escuadra española de Requesens. Encerrado en los fuertes, pactó entregarse si no recibía refuerzos en un plazo determinado, pero faltó a su palabra y logró escapar con 2.000 soldados a Salerno, donde se le unieron las fuerzas de Precy para pasar el invierno.

Llegado a este punto y estando escaso de hombres y recursos, decidió pasar el invierno en Nicastro, dedicándose a reorganizar sus fuerzas, reforzadas con 1.000 bisoños gallegos mal vestidos y desarmados y con voluntarios partidarios del rey de Nápoles.

1496: Sitios de Atella y Ostia

En febrero de 1496 Fernández de Córdoba ya con el dinero procedente de España, decidió comenzar sus operaciones. Se dirigió a Cosenza, de la que se apoderó tras tres vigorosos asaltos. En ese momento fue llamado por el rey Fernando II para acabar con las tropas de Montpensier y Precy, a las que había encerrado en la plaza de Atella. (recordemos que con el rey estaba el Marqués de Pescara). Al ponerse en camino, Fernández de Córdoba tuvo noticias de que Américo de San Severino, se había reunido en Lanio con un grupo de nobles angevinos pro-franceses para salirle al encuentro. Fernández de Córdoba quiso aprovechar esta oportunidad para acabar con los rebeldes. Hizo una marcha nocturna por sendas ásperas y montuosas, arrolló a los montañeses que guardaban los pasos y gargantas y sorprendió a los nobles al amanecer. Entró en la plaza y arrolló a los que acudían a la fortaleza, mató al jefe de la rebelión, Américo de San Severino e hizo prisioneros a doce barones y más de cien caballeros, que llevó presos al rey Fernando II.

Reforzado con 500 hombres llegados de España y tras una rápida marcha de diecisiete días a través de territorio enemigo, Fernández de Córdoba se presentó ante los muros de Atella con tan solo 400 jinetes ligeros, 70 hombres de armas y 1.000 infantes escogidos. Le esperaban el rey Fernando II, César Borgia como Legado pontificio del Papa Alejandro VI y el duque de Mantua, general jefe de las tropas venecianas. Dentro de la ciudad de Atella se hallaba el virrey francés de Nápoles, el duque de Montpensier.

Fernández de Córdoba redistribuyó las tropas de la Santa Liga. Se apoderó de Ripa Cándida, que estaba unida a la ciudad de Atella por un

afluente del río Ofanto y que suministraba víveres a la plaza sitiada. Con estas acciones el cerco al duque de Montpensier se hizo más estrecho, de forma que este pactó la entrega de la ciudad si no recibía refuerzos en un plazo de 30 días. En la capitulación se incluyeron las siguientes cláusulas:

- Se incluían todas las plazas de Nápoles excepto las que gobernaba el Señor de Aubigny en Calabria.
- Se facilitarían navíos para el traslado de los soldados franceses a Francia.
- Se concedería el indulto a los soldados napolitanos que habían servido en el ejército de Carlos VIII y reconociesen como rey a Fernando II en el plazo de quince días.

El socorro no llegó y se hicieron firmes las cláusulas de la capitulación. Las plazas fuertes de Venosa, Tarento y Gaeta se negaron a capitular alegando no tener órdenes directas del rey. De los 5.000 soldados franceses que salieron repatriados de Atella solo llegaron vivos a Francia unos 500. El resto murió de epidemias durante el viaje. Entre los muertos se encontraba el propio virrey, duque de Montpensier.

La victoria de Fernández de Córdoba en Atella tuvo gran resonancia internacional, y al general español se le comenzó a conocer y llamar como “el Gran Capitán”.

Tras la victoria de Atella, Fernández de Córdoba, convertido ya en “Gran Capitán” regresó a Calabria y consiguió encerrar al Señor de Aubigny en Galípoli y obligarlo a regresar a Francia, liberando a toda la Calabria en nombre del rey Fernando II.

El 7 de octubre de 1496 Fernando II falleció a los 28 años. Ese mismo día fue proclamado como sucesor su tío Don Fadrique. Éste se hallaba sitiado en Gaeta por los franceses, por lo que llamó al Gran Capitán en su auxilio. Los españoles se presentaron en la plaza y al día siguiente de su llegada se rindieron los franceses. Excepto en las plazas de Diano y Tarento, ya no quedaban tropas francesas en el reino de Nápoles.

Antes de abandonar suelo italiano, el Gran Capitán y su ejército fueron requeridos por el Papa Alejandro VI, para recuperar el puerto de Ostia.

1496 (agosto): Conquista del puerto de Ostia

En su avance hacia Nápoles, el rey Carlos VIII había ocupado la plaza del puerto de Ostia, dejando como gobernador de la plaza al aventurero vizcaíno Menaldo Guerri, y con la promesa al Papa Alejandro VI de devolver la plaza finalizada la conquista de Nápoles. El rey nunca cumplió su promesa.

Presentado ante los muros de Ostia, el Gran Capitán solicitó en vano su entrega, invocando la promesa de Carlos VIII. La plaza era muy fuerte, estaba bien pertrechada y mejor defendida por gente sin escrúpulos. El Gran Capitán formalizó el sitio con 1.000 infantes, 300 jinetes y algunas piezas de artillería, que dispuso en batería en una elevación al sur de la ciudad. Roto el fuego contra los muros, en cinco días abrió una brecha por la que se lanzaron al ataque los españoles.

Garcilaso de la Vega, atacó los muros de la plaza por el lado opuesto. Ante este segundo ataque Guerri y sus hombres se rindieron. Tras la victoria, el Gran Capitán fue aclamado como “libertador”. El Papa, le entregó la “rosa de oro”, máxima distinción pontificia con la que el Papa galardonaba cada año a su mejor servidor.

Al despedirse del Papa hubo una escena bastante violenta. El Papa se mostró dolido de los Reyes Católicos ante el Gran Capitán. Este le replicó que no olvidara los servicios que le habían prestado, y que recordara las palabras que había dicho hacía poco tiempo: “Si las armas españolas me recobraban Ostia en dos meses, debería de nuevo al Rey de España el Pontificado.”, añadiendo “que las armas españolas no tardaron dos meses sino ocho días”. Siguió diciendo al Papa que “más le valiera no poner a la Iglesia en peligro con sus escándalos, profanando las cosas sagradas, teniendo con tanta publicidad, cerca de sí y con tanto favor a sus hijos, y que le requería que reformase su persona, su casa y su corte, para bien de la cristiandad”.

El padre jesuita Abarca escribió que el Papa quedó “turbado del esplendor vivo de la verdad, enmudeció del todo, asombrado de que supiese apretar tanto con las palabras un soldado, y de que a un Pontífice, tan militar y resuelto, hablase en Roma en su palacio y rodeado de armas y parientes, un hombre no aparecido del cielo, en puntos de reforma y con tanta reprehensión”.

Desde Roma el Gran Capitán marchó a Nápoles, donde el rey Don Fadrique le dió el título de duque de Santángelo, el señorío de dos ciudades y diversos lugares del Abruzo, y tres mil vasallos, diciendo “que era debido conceder siquiera una pequeña soberanía a quien era acreedor a una corona”.

De Nápoles se dirigió a Sicilia. Allí el Gran Capitán fortificó las costas. Al poco tiempo acudió a la llamada del rey don Fadrique para expulsar a los franceses de Diano, única plaza que aún conservaban. En pocos días el Gran Capitán rindió la guarnición francesa, dando fin las operaciones militares en Nápoles.

El Gran Capitán regresó a España en 1498. A su llegada la gente le aclamó como un héroe nacional. El rey Don Fernando el Católico decía que “la guerra de Nápoles había procurado a España más crédito y gloria que la de Granada”. Al Rey Católico le había sorprendido tanto el desarrollo de la campaña como su desenlace.

Reflexiones sobre la primera campaña de Italia

La primera campaña de Italia fue la confirmación de Fernández de Córdoba como un gran general y el iniciador de la filosofía de combate de los futuros tercios. Hemos visto el uso de las ágiles marchas y contramarchas; el desgaste del ejército enemigo con continuos golpes de mano; la nueva utilización de una caballería con ataques y retrocesos; el aprovechamiento de los accidentes del terreno para el planteamiento de los combates; se introdujo los “rodeleros”, soldados armados de espada y dardo para combatir cuerpo a cuerpo a los piqueros enemigos introduciéndose debajo de sus picas; se introdujo también a los arcabuceros en una relación de 1 a 5 con el resto de soldados y el empleo de la artillería para rendir los cercos de las plazas. Todo ello fue conseguido gracias a la disciplina, cohesión y entrenamiento que dio a sus tropas Fernández de Córdoba.

Muchos de esos “nuevos conceptos” ya habían sido utilizados en la guerra de Granada, siendo optimizados por el Gran Capitán. No obstante quedaba todavía un camino importante que andar hasta completar un ejército de la Edad Moderna.

2.4.2.- Segunda Campaña de Italia (1500-1504)

Inicio de la guerra con Francia

Entre 1498 y 1500, se habían desarrollado una serie de cambios dentro del escenario europeo. Se había disuelto la Santa Liga creada por España en 1494; muerto Carlos VIII de Francia, le había sucedido Luis XII con las mismas ambiciones italianas pero dispuesto a no cometer el error de ponerse contra el papado. El nuevo rey de Francia se había entendido con Venecia para repartirse el Ducado de Milán y con el Papa Alejandro VI para luchar contra Nápoles.

Firmada la paz con España, Luis XII invadió Milán, derrocó a Luis Sforza y se dispuso a marchar sobre Nápoles. Fernando el Católico no podía permitir tal proyecto y como no podía oponerse a él (en este caso el papado era un aliado del francés) decidió unirse y compartir la conquista, así que propuso al rey de Francia repartirse el reino entre los dos países. Luis XII aceptó. Según las estipulaciones del tratado, la parte norte de Nápoles se adjudicaba a Francia, mientras que la Calabria y la Pulla quedaba para España.

Se alegaron dos excusas para justificar este reparto: La primera; que Don Fadrique había concertado una alianza con los turcos en contra del Papa, Francia y Venecia. La segunda; que el rey Fernando el Católico tenía más derechos dinásticos para la corona de Nápoles que Don Fadrique. El

Papa Alejandro VI declaró a Don Fadrique indigno de ceñir corona por haber pedido auxilio a los infieles y terminó sus días vigilado en Francia.

Mientras se negociaba el tratado entre Francia y España, ratificado en Granada el 14 de noviembre de 1500 por los Reyes Católicos, daban comienzo los preparativos militares. El Gran Capitán embarcó en Málaga al frente de un ejército de 5.000 infantes y 600 jinetes. Por su parte, Luis XII ordenó al Señor de Aubigny que marchase sobre Nápoles con 10.000 infantes y 1.000 lanzas, y a Felipe de Ravenstein que zarpara de Génova transportando otros 6.500 soldados para Aubigny.

Franceses y españoles procuraron adueñarse cada uno de su parte de Nápoles. Los franceses avanzaron hasta Capua, tomaron la ciudad al asalto y ocasionando una horrible matanza. Por su parte, el Gran Capitán sometió toda la Calabria y la Pulla en un mes, excepto Tarento, donde resistía el duque de Calabria de 14 años de edad, primogénito del destronado rey Don Fadrique.

1502: Capitulación de Tarento

El Gran Capitán conquistó Tarento mediante un sistema muy original. Esta plaza estaba rodeada de agua por todas partes: por el sur el mar; por el este y el oeste dos canales abrazaban la ciudad; por el norte ambos canales se ensanchaban formando una bahía con fondo para naves de alto bordo. La ciudad se consideraba inexpugnable, siendo las defensas del norte las más débiles.

El Gran Capitán transportó sus naves desde el mar por tierra hasta la bahía norte. Todo el ejército participó en la empresa, arrastrando las naves sobre rodillos al compás de cantos guerreros y música. En pocas semanas la escuadra española pudo batir con sus fuegos las murallas del norte de la ciudad. El conde de Potanza, gobernador de la ciudad, solicitó a los españoles la suspensión de las hostilidades por dos meses, pasados los cuales entregaría la ciudad si antes no recibía algún socorro.

A los dos meses la ciudad de Tarento se entregó. Las condiciones de la capitulación incluían que el duque de Calabria quedaría en libertad de ir a donde quisiese. El Gran Capitán le “convenció” de que fuera a España. El conde de Potenza protestó ante lo que creía una manipulación de la voluntad del duque, el Gran Capitán elevó consulta al rey Fernando el Católico el cual confirmó el viaje del duque de Calabria a España. Allí permaneció en calidad de prisionero de Estado.

No tardaron en llegar las disputas entre franceses y españoles. Los franceses trataron de apoderarse de la plaza de Capitaneta por no estar incluida en el tratado de partición, entraron en la Pulla y el duque de Nemours dió al Gran Capitán el plazo de una hora para salir de la plaza. El español rehusó del siguiente modo:

“Hermano, andad con Dios y decid al duque de Nemours e a monsiur de Aubigny que puesto que tantas veces les he dicho e requerido que esta diferencia se vea por justicia, y no quieren, y envíanme a decir que por fuerza me la han de tomar, que espero en Dios y en su bendita Madre de defendérselo e aun ganarles lo suyo, e ver muy presto al Rey de España, mi Señor, ser señor de todo este Reyno, por la justicia que a todo ello tiene; e que vengan cuando quisieren, que aquí me hallarán, o que me esperen, que yo seré lo más presto que queda con ellos..”

El Gran Capitán contaba con 3.000 infantes, 340 hombres de armas y 600 jinetes ligeros. Estaban a sus órdenes como oficiales: Pedro Navarro; Diego de Mendoza; Próspero Colonna; su primo Fabricio Colonna, Pedro de Paz, Francisco Pizarro, García de Paredes, Hugo de Cardona, Luis de Herrera, Zamudio y Villalba. Muchos de ellos le veremos actuar en posteriores guerras utilizando las experiencias y conocimientos adquiridos en estos momentos y con este gran maestro.

Por su parte, el duque de Nemours contaba con 3.500 infantes franceses y lombardos, 3.000 suizos, un numeroso contingente de infantería napolitana y 1.000 hombres de armas que suponían unos 4.000 jinetes. Sus tropas estaban mandadas por el Señor de Aubigny, Ivo de Alegre, Luis de Ars, Santiago de Chabannes, Señor de La Palisse y el Bayardo, éste último tildado de ser el “caballero sin tacha y sin miedo”.

Una escuadra francesa interceptaba las comunicaciones con España. Don Gonzalo estaba abrumado por la falta de paga de sus soldados ya que César Borgia fomentaba la desertión de los soldados españoles prometiendo mayores pagas. El Gran Capitán eligió la plaza de Barletta, situada en la costa del Adriático, como cuartel general, concentrando allí el grueso de sus fuerzas y repartió el resto en otras plazas como Bari, Canosa y Adria.

El Señor de Aubigny operaba contra Hugo de Cardona en Calabria, mientras que el duque de Nemours lo hacía contra un escurridizo Gran Capitán. Durante siete meses los españoles se mantuvieron a la defensiva. En 1503 el duque de Nemours, cansado de esa guerra sin batallas decisivas, se personó ante los muros de Barletta para retar al Gran Capitán. Éste le contestó lo siguiente:

“No acostumbro a combatir cuando quieren mis enemigos, sino cuando lo piden la ocasión y las circunstancias”. Cuando el duque levantó el campo para retirarse a Canosa, fue el momento que eligió el Gran Capitán para tenderle una emboscada.

Ordenó a Diego de Mendoza que atacara la retaguardia francesa con la caballería con objeto de atraer sobre ella la atención de los franceses. En un momento dado, los españoles debían de retroceder haciéndose perseguir

por los franceses y llevarles a una zona de emboscada, donde dos cuerpos de infantería española caería sobre sus flancos.

El plan se llevó a cabo de tal manera que los franceses que tomaron parte en la persecución quedaron muertos o prisioneros. Cuando el duque de Nemours quiso darse cuenta, los españoles ya estaban en Barletta con los prisioneros. Fue un gran ejemplo de preparación, disciplina y coordinación entre los mandos de las distintas unidades.

1503 (primavera): Asalto a Ruvo

Al fin, la ciudad de Castellaneta se entregó a los españoles. Cuando lo supo el duque de Nemours, puso a su ejército en marcha hacia esta ciudad para someterla. Enterado el Gran Capitán de las intenciones del duque, ejecutó otro audaz golpe contra los franceses.

En una noche, el Gran Capitán salió de Barletta en dirección a la ciudad de Ruvo, defendida por el Señor de la Palisse, recorrió catorce millas a marchas forzadas y al amanecer estaba ante los muros de la ciudad. El Gran Capitán desplegó su artillería y en cuatro horas abrió una brecha en la muralla, la infantería española se lanzó al asalto por ella. La lucha cuerpo a cuerpo duró siete horas, pero el ímpetu español quebró la resistencia de los franceses y el enemigo se rindió.

Tras el combate 600 franceses quedaron prisioneros, entre ellos su jefe, el Señor de La Palisse. El Gran Capitán obtuvo un importante botín de 1.000 caballos que le permitió reforzar su caballería.

Finalizado el combate, el ejército español regresó a Barletta. No hubo violencia ni desmanes contra la población civil. Don Gonzalo vigiló en persona la puerta de la ciudad y no dejó sacar cosa alguna de la Iglesia, ni consintió que a las mujeres se les hiciera la menor descortesía.

Al enterarse el duque de Nemours del ataque español a Ruvo. Se dirigió a socorrer la ciudad. Pero al llegar vio la bandera española ondear en sus muros y comprendió que llegaba tarde, el Gran Capitán le había burlado una vez más.

Con los caballos capturados en esta ciudad, 2.000 soldados alemanes enviados por el emperador Maximiliano y 3.000 soldados españoles desembarcados en Rijoles al mando del capitán Fernando de Andrade, el Gran Capitán pasó a la ofensiva.

1503 (abril): Segunda batalla de Seminara

Ocho años después de la primera batalla de Seminara, las tropas españolas se enfrentaron en el mismo lugar y ante el mismo enemigo que les había derrotado entonces. Las tropas españolas mandadas por el capitán

Francisco de Andrade, estaban compuestas por 3.000 soldados españoles y algunas compañías de voluntarios napolitanos. En esta ocasión las fuerzas estaban equilibradas y el combate fue muy duro. Tras la batalla, los franceses dejaron más de 2.000 muertos y centenares de prisioneros. El Señor de Aubigny se refugió en la Roca de Anguito, pero fue sitiado y finalmente apresado, dejando la Calabria en manos de los españoles. Ocho días más tarde, el 29 de abril, el Gran Capitán se enfrentaría al duque de Nemours en la batalla de Ceriñola.

1503 (abril): Batalla de Ceriñola

El 27 de abril El Gran Capitán salió de Barletta en busca del duque de Nemours. Ese mismo día acampó en Cannas y al día siguiente se dirigió hacia Ceriñola formando de la siguiente forma:

En vanguardia 1.000 caballos ligeros al mando de Próspero Colonna y Pedro de Paz. El centro formado por 2.000 infantes españoles al mando de Pedro Navarro, Francisco Pizarro y García de Paredes. La retaguardia al mando del Gran Capitán y formada por 2.000 lansquenets alemanes, 700 hombres de armas y algunos caballos ligeros al mando de Fabricio Colonna y Diego de Mendoza. La marcha fue muy penosa por el calor y la sed, pero lo aguantaron todo, especialmente al ver que su general cedía su caballo a un soldado rendido de cansancio. Al llegar a Ceriñola, lugar elegido por el Gran Capitán para dar la batalla, comenzaron los trabajos de preparación del terreno.

Ceriñola era una aldea asentada en lo alto de una loma cuyos declives naturales estaban cubiertos de viñedos. Un pequeño barranco discurría al fondo de la loma, que los zapadores españoles mejoran, colocaron estacas puntiagudas para impedir el paso de la caballería, y moviendo la tierra de los bordes para que se hundiese con el peso de un hombre. Los brazos del foso fueron prolongados para tratar de rodear toda la loma, que fue donde se asentó el ejército. Solo quedó algo al descubierto el flanco izquierdo, que el Gran Capitán trató de fortificar levantando un parapeto y asentando allí la artillería.

Al caer la tarde los jinetes de Fabricio Colonna trajeron el aviso de la llegada de los franceses. El Gran Capitán aprestó a sus hombres para la lucha y distribuyó su infantería en tres unidades de combate.

Primera unidad: a la derecha apoyada en Ceriñola, formada por infantería española al mando de García de Paredes y Zamudio. Segunda unidad: en el centro, formada por los lansquenets alemanes. Tercera unidad: a la izquierda, formado por infantería española al mando de Pizarro y Villalba. Detrás de las tres unidades de infantería, colocó la línea de artillería con

Pedro Navarro y pequeñas reservas de arcabuceros y caballos ligeros de Fabricio Colonna. Dividió la caballería pesada en dos unidades al mando de Diego de Mendoza y Próspero Colonna y la desplegó a ambos flancos de la línea de infantería. La caballería ligera de Pedro de Paz quedó fuera de la línea de combate como reserva o para la explotación del éxito.

Al llegar los franceses ante la posición española se suscitó una discusión sobre la conveniencia de dejar la batalla para el día siguiente ya que vencida la tarde y la inminente noche aconsejaba a ello. Ese era el parecer del duque de Nemours, pero se oyeron voces discordantes tachando esa postura de cobardía, entre las cuales se hallaban las de Chaudieu, coronel jefe de las tropas suizas, e Ivo de Alegre, por lo que el duque decidió dar la batalla inmediatamente. Para ello dispuso sus fuerzas en tres porciones.

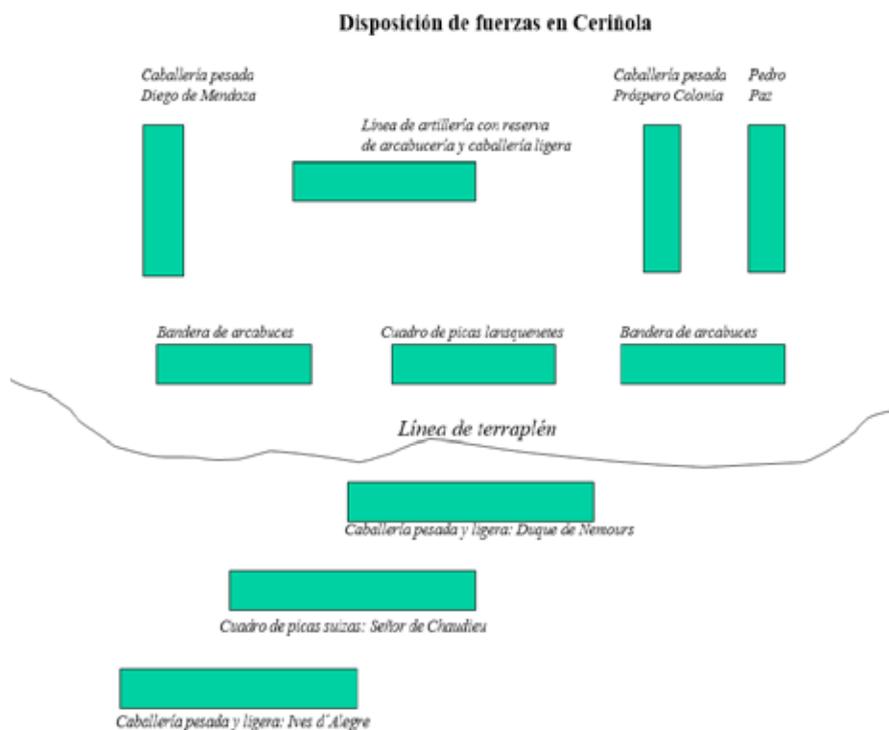


Figura 1. Disposición de fuerzas en Ceriñola

A la derecha: los hombres de armas que formaban la caballería de línea, al mando de Luis de Ars. En el centro: infantería suiza y gascona, al mando de Chaudieu, desplegada un poco retrasada como si se tratase de un

segundo escalón. A la izquierda: la caballería ligera, al mando de Ivo de Alegre, desplegada en un tercer escalón también retrasada respecto al centro.

Comenzó la batalla con la carga de la caballería de Luis de Ars sobre la izquierda española. Fue detenida por el foso y las estacas de la defensa y diezmada por los fuegos de los espingarderos, escopeteros y artillería españoles. En un momento dado estallaron varios carros de pólvora españoles, y hubo unos instantes de alarma entre las filas españoles. Pero el Gran Capitán animó a sus soldados con su célebre arengando: “¡Buen anuncio! Estas son las luminarias de la victoria.”

El duque de Nemours quiso aprovechar el incidente y volvió a la carga. Su caballería fue detenida y diezmada de nuevo. Tras este intento, inició con sus tropas un fuerte ataque de flanco hacia la posición española de García de Paredes buscando romper el dispositivo defensivo. La presión sobre las posiciones de García de Paredes (“El Próspero” como le apodan las crónicas) hizo que el Gran Capitán pensase enviarle refuerzos, pero el hidalgo extremeño respondió secamente al ofrecimiento de su superior “pues somos acá gente tan principal como para pelear solos contra todo el mundo cuanto más contra todo el ejército francés”. El ataque de los franceses de Nemours se efectuó bajo un terrible fuego, de tres en fondo, de los espingarderos españoles, hasta que un tiro acabó con la vida del duque.

A pesar de la muerte de su jefe el coronel suizo Chaudieu se lanzó al ataque del centro del parapeto español defendido por los piqueros alemanes. Por tres veces llegó hasta el parapeto, y por tres veces fue detenido por una muralla de picas infranqueable, hasta que, atacado de flanco por los espingarderos españoles que destrozaron sus formaciones, una bala acabó con la vida del coronel suizo. Sin jefe y desorientados ante el intenso fuego de los espingarderos, los soldados suizos y gascones se desbandaron y en su huida chocaron contra la caballería ligera situada a su retaguardia, a la cual lograron desordenar.

El Gran Capitán comprendió que había llegado el momento decisivo de la batalla, por lo que ordenó un ataque general. Los franceses en desbandada, fueron perseguidos hasta su campamento. Luis de Ars logró refugiarse en Venosa, perseguido de cerca por Pedro de Paz; Ivo de Alegre huyó a Gaeta con sus jinetes sin entrar en combate. Aquella noche Próspero Colonna y otros capitanes españoles cenaron en la tienda del duque de Nemours.

La batalla duró lo que el crepúsculo de aquel día, pues no era noche cerrada cuando los españoles lograron la victoria. Las pérdidas francesas fueron de más de tres mil hombres, toda su artillería y equipaje y la mayor parte de sus banderas. Según el cronista Andrés Bernáldez, don Tristán de Acuña hizo un recuento de cadáveres por orden del Gran Capitán, y el número resultante ascendió a 3.664, si bien el propio don Tristán reconoció

que habría que añadir más de un centenar de muertos más, debido a los cadáveres que fueron enterrados sin que él lo supervisara personalmente. Los españoles solo sufrieron unos cien muertos.

Entre los cadáveres se recogió el del duque de Nemours, al que reconocieron por los anillos que lucía en sus dedos. Don Gonzalo se conmovió ante su vista. Para honrarle dispuso que se le embalsamara y le condujo en andas hasta Barletta con un séquito de cien hombres de armas con hachas encendidas y una escolta de una compañía de soldados. En Barletta se le enterró en el monasterio de San Francisco.

Epílogo de la batalla de Ceriñola

Cuando los historiadores militares (Hobohn, Pietro Pieri, etc.) buscan los motivos que indujeron al duque de Nemours a precipitarse de manera tan “insensata” en la trampa del general español, suelen repetirse las mismas razones: Confianza de su masa de choque para una acción de ruptura; el temor a la llegada de Andrade con su ejército; el cansancio de la campaña, etc. Sin embargo se debe considerar, como sugiere M.F. Escalante,¹³ el temor francés a afrontar un combate nocturno, indudablemente previsto por el Gran Capitán, donde la habilidad maniobrera de las fuerzas ligeras españolas hubieran mostrado su superioridad sobre las, en tales circunstancias, inútiles fuerzas pesadas de caballería e infantería del bando francés.

Se ha de resaltar las dos concepciones tácticas tan distintas que se materializan en el campo de batalla de Ceriñola. De un lado, el duque de Nemours, con un concepto medievalista, avanza en cabeza de sus “hombres de armas”, buscando la acción resolutiva. Del otro lado, Fernández de Córdoba consciente de que su misión estriba en sacar el mayor provecho de una infantería con un altísimo potencial de fuego, el cual fue el factor decisivo de la victoria; un aprovechamiento minucioso del terreno y un (para muchos genial) planteamiento de la batalla.

La victoria de Ceriñola es del tipo que posteriormente Clausewitz definiría como “batalla de aniquilamiento” en contraposición de lo que él mismo llamaba “victorias corrientes” que únicamente expulsaban al enemigo del campo de batalla.

Por su parte, Hans Delbrück, después de una síntesis de los rasgos fundamentales de la batalla, termina “La explotación estratégica del éxito táctico por parte de los españoles será no menos rápida y completa, para obtener el objetivo político final de la campaña, la conquista de un Reino.”

¹³ “El sustrato étnico español y el orden militar renacentista implantado por Gonzalo Fernández de Córdoba (La batalla paradigmática)”. Conferencia dada por M. F. Escalante en la Escuela Militar de Montaña.

Para M. Hobohm, Ceriñola “es la batalla fundamental de la maduración táctica del Renacimiento y Gonzalo de Córdoba su Maestro”.

Tras la victoria española se entregaron sin combatir las ciudades de Canosa, Malfi y otras muchas. Pocos días después Nápoles envió al Gran Capitán una delegación de su nobleza y de los principales ciudadanos para ofrecerle las llaves de la capital del reino. El Gran Capitán hizo su entrada triunfal en Nápoles el 16 de mayo. Quedaron por rendir los castillos de Castilnovo y Castel de Ovo, cuya toma encomendó a Pedro Navarro.

Esta batalla representó un paso importante en la evolución de la infantería. También sirve para observar cómo determinadas experiencias bélicas sirven de lección y se vuelven a reproducir en escenarios distantes en tiempo y en lugar. Recordando el planteamiento de Ceriñola, el entonces oficial Colonna, ya de general, lo imitará 23 años después, en la batalla de la Bicoca.

Las victorias logradas por el Gran Capitán hicieron que a finales de mayo, todo el reino de Nápoles quedase libre de franceses y en poder de los españoles, a excepción de las plazas de Venosa y Gaeta, donde se refugiaron los supervivientes de Ceriñola.

Batalla de Garellano y fin de la guerra de Italia

La tremenda derrota de Ceriñola, tuvo un enorme eco en la Europa de aquellos tiempos, el prestigio militar francés había sufrido un duro golpe, mientras la fuerza militar española y por ende su influencia en Europa había crecido.

Esta situación provocó la cólera de Luis XII¹⁴. El monarca francés, haciendo un gran esfuerzo, preparó un plan de ataque total contra España¹⁵. Este plan consistía en atacar a su cada vez más fuerte rival, por tres frentes de forma simultánea.

Un primer ejército se pondría al mando del marqués de La Tremouille para entrar en el Milanésado y atacar al Gran Capitán.

Un segundo ejército efectuaría la invasión del Rosellón a las órdenes del mariscal de Rieux, pero esta “pequeña guerra” la comentaremos más adelante.

Un tercer ejército entraría en España por el valle del Roncal a las órdenes del Señor de Albret. La acción de Navarra fue detenida por medios diplomáticos, al ser advertidos los reyes de Navarra por don Pedro de Hontañón, de las malas consecuencias que podían acarrear la presencia de tropas francesas en su territorio ya que los monarcas españoles no estaban dispuestos a consentirlo.

¹⁴ SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis: Historia de España. Tomo 7, Editorial Gredos. Págs. 388 y ss.

¹⁵ Aunque el término “España” y “españoles” no eran oficiales, sí eran usuales fuera de nuestras fronteras.

El Gran Capitán se encontraba sitiando Gaeta, donde se había refugiado Ivo de Alegre con los supervivientes de Ceriñola. Luis XII aprestó una escuadra en Génova a las órdenes del marqués de Saluzzo para socorrer Gaeta y organizó los almacenes de víveres para apoyar el avance del marqués de La Tremouille hacia el sur de la península italiana. Este ejército estaba formado por 30.000 hombres, incluía un cuerpo de mercenarios suizos de 8.000 soldados, 9.000 caballos y un tren de artillería compuesto por 36 piezas.



Figura 2. Castell D'Ovo, tomado por las tropas españolas de El Gran Capitán tras la explosión de la mina de Pedro Navarro el 11 de junio de 1503

El 18 de agosto murió el Papa Alejandro VI. El marqués de La Tremouille ordenó marchar hacia Roma para imponer como nuevo Papa al cardenal de Amboise. El Gran Capitán había previsto este movimiento y envió a Roma una fuerza de 3.000 soldados al mando de Próspero Colonna y Diego de Mendoza para impedirlo, de manera que los franceses encontraron acampados a los españoles cuando llegaron a la Ciudad Eterna.

Como resultado de una serie de intrigas en las cuales estuvo implicado Cesar Borgia, salió elegido el cardenal de Siena, que tomó el nombre de Pio III. El nuevo Papa murió al cabo de un mes, no sin antes haber investido como rey del reino de Nápoles a Fernando el Católico. El 31 de octubre fue elegido un nuevo Papa, que tomó el nombre de Julio II.

Después de la elección de Pío III, el general La Tremouille continuó su avance hacia Nápoles y los españoles hacia Gaeta, cada uno por itinerarios diferentes. El marqués iba tan confiado en la victoria que decía públicamente lo siguiente, “Daría yo 20.000 ducados por hallar al Gran Capitán en el campo de Viterbo”. Don Lorenzo Suárez de la Vega, embajador español en Venecia, le respondió: “El duque de Nemours podría haber dado el doble por no haberle encontrado en Ceriñola”.

Al poco tiempo La Tremouille cayó enfermo y se vio obligado a ceder el mando al marqués de Mantua, general italiano de gran renombre. Las tropas con las que contaba el Gran Capitán eran de 9.000 infantes y 3.000 caballos, incluyendo italianos y alemanes. Los efectivos franceses, contando la guarnición de Gaeta, eran prácticamente el triple, puesto que el marqués de Saluzzo había desembarcado en Gaeta un cuerpo de refuerzo de 4.000 soldados.

El Gran Capitán renunció a tomar Gaeta y tratando de compensar su inferioridad numérica, eligió la zona de terreno donde podría defenderse y maniobrar. Fue en la vecina localidad de San Germano, al otro lado del río Garellano, que haría de foso natural ante el avance de los franceses y al abrigo de los castillos de Montecasino, Roca Seca y Roca Andria.

Don Gonzalo, conquistó el castillo de Montecasino y consolidó su defensa reforzando la guarnición española de Roca Seca a su derecha, con infantería española al mando de Zamudio, Pizarro y Villalba.

Desde San Germano hasta su desembocadura, el Garellano podía cruzarse por Ponte Corvo y Sessa. El primer paso estaba frente a San Germano y podía vigilarse desde el campamento principal allí instalado. Para vigilar el puente de Sessa tomó una torre fuerte de las proximidades e instaló allí 500 infantes y 350 jinetes al mando de Pedro de Paz.

Los franceses llegaron a los pocos días frente al río Garellano. El 13 de octubre el ejército francés cruzó el río Garellano, por primera vez, por el vado de Ceprano, situado más allá del extremo derecho del dispositivo español. Una vez en la orilla izquierda, se dirigieron a Roca Seca. El Gran Capitán envió en su socorro una columna de infantería al mando de Pedro Navarro y García de Paredes por caminos de montaña, mientras que por el llano, en un movimiento en horquilla envió a Próspero Colonna con la caballería pesada. Zamudio, Pizarro y Villalba rechazaron los asaltos de los franceses, que se retiraron al aparecer la infantería española de Pedro Navarro y García de Paredes por la montaña.

El marqués de Mantua dirigió el ejército a Aquino, entre el paso de Ponte Corvo y San Germano. El Gran Capitán colocó sus fuerzas entre Aquino y Ponte Corvo, para encerrar al ejército francés entre él mismo, el

río y las plazas y guarniciones de Roca Seca, Montecasino y San Germano. Pero el marqués comprendió el peligro que se cernía sobre él y cruzó el río por Ponte Corvo antes de que llegasen los españoles. A pesar de ello, la vanguardia española cayó sobre la retaguardia francesa y causándoles numerosas bajas.

Los franceses marcharon a sitiar Roca Guillermina, fortificación ubicada a la derecha del río. Simultáneamente el marqués destacó unas compañías para tender un puente sobre el río Garellano al abrigo de Roca Andria e intentar por segunda vez cruzar el río. Esta era una fortificación situada en la orilla izquierda entre San Germano y la desembocadura del río. Pero García de Paredes tomó Roca Andria, en un solo día, e impidió el alzamiento del puente.

El marqués decidió cruzar el río por tercera vez, por el puente de Sessa y caer sobre los españoles. El plan consistía en marchar hacia la desembocadura del Garellano, construir un puente de barcas junto al puente original destruido por los españoles, cruzar el río, marchar río arriba por la orilla izquierda, caer por sorpresa sobre el campamento español de San Germano y batirlos apoyado con los fuegos de su potente artillería asentada en una altura cercana.

El 6 de noviembre, los franceses cruzaron el río Garellano y sorprendieron a la guarnición española de aquel sector al mando de Pedro de Paz. Pero la resistencia que éste presentó fue suficiente para que llegasen en su socorro primero las tropas de Pedro Navarro y seguidamente las del propio Gran Capitán. A pesar de ello, los franceses consiguieron acabar de tender el puente sobre barcas gracias a los fuegos de su artillería, ventajosamente emplazada para apoyar el trabajo de los pontoneros. Los franceses cruzaron el río y se apoderaron de una trinchera levantada por los españoles cerca del margen del río. Siguió un combate cuerpo a cuerpo en el que el marqués de Mantua ya no pudo utilizar su artillería.

La resistencia francesa cedió gracias al empuje de García de Paredes y se vieron forzados a repasar el río Garellano por el puente de barcas recién construido, dejando los franceses en el campo de batalla muchos cadáveres, además de los que murieron ahogados al tratar de cruzar a nado el río.

Pero esta victoria no impidió que el ejército francés siguiese acampado frente al español al otro lado del río, aunque sirvió para demostrar a los franceses el carácter combativo de los españoles. Días antes el marqués de Mantua había dicho a Ivo de Alegre: “No sé cómo os dejasteis desbaratar en Ceriñola por aquella canalla”.

Tras el combate de este día, Ivo de Alegre le respondió al marqués: “Estos son los españoles que nos desbarataron; considerad ahora lo que es esa canalla de que hablabais.”.

El marqués de Mantua había perdido, con esta derrota, el prestigio ante sus soldados, que le odiaban. Sus subordinados inmediatos le obedecían con visible disgusto y las disensiones llegaron a hacerse públicas. Por ello el marqués de Mantua cedió el mando del ejército al marqués de Saluzzo.

Descalabro francés del día 28 de diciembre

A la victoria del 6 de noviembre siguieron unos días de fuertes tormentas y lluvias torrenciales que convirtieron los campamentos en lodazales. A este inconveniente, se unió por parte española, la falta de pagas a los soldados. Hubo conatos de amotinamiento. Algunos capitanes y soldados opinaban que debían levantar el campo e ir a Capua a invernar. El Gran Capitán apaciguó aquel estado de ánimos con energía y afirmando que se negaba a abandonar al ejército francés sin intentar un ataque decisivo. “Más quiero la muerte dando dos pasos adelante que cien años de vida dando un solo paso atrás.”

El embajador español de acuerdo con el Gran Capitán, logró atraerse a los Ursinos al partido español, de modo que el jefe de esta familia italiana, Bartolomé Alviano, se presentó en el campamento español con un refuerzo de 3.000 soldados. Fue entonces cuando el Gran Capitán creyó llegado el momento de atacar a los franceses.

El plan concebido por el Gran Capitán consistía en un ataque al campamento francés tras cruzar el río por un puente que se habría de tender unas cuatro millas aguas arriba del puente de barcas construido por los franceses en la jornada del 6 de noviembre. El nuevo puente fue tendido con todo sigilo la noche del 27 al 28 de diciembre. Por la mañana los españoles se pusieron en movimiento. Bartolomé Alviano, a quien, en inesperado honor, Gonzalo de Córdoba entregó su bastón de mando, iba en vanguardia con la caballería ligera. Pedro Navarro iba a continuación con el cuerpo de infantería española, con García de Paredes, Zamudio, Pizarro y Villalba. Le seguía Próspero Colonna con los hombres de Armas. Cerraba la marcha el Gran Capitán con el resto del ejército. Las tropas de Alviano y Pedro Navarro sorprendieron un destacamento normando y de caballería francesa en Suio y lo arrollaron.

En vista del mal tiempo reinante, el marqués de Saluzzo, había decidido retirarse a Gaeta a pasar el invierno. Ya había embarcado la artillería para que la llevaran por el río hasta el golfo de Gaeta, pues su traslado por aquellos empantanados caminos habría impedido la marcha del ejército. Por tanto, su sorpresa fue grande cuando los supervivientes del ataque a Suio le anunciaron la llegada de los españoles. El marqués ordenó la inmediata retirada a Gaeta. Cuando las tropas de Alviano y Pedro Navarro llegaron al campamento francés lo encontraron vacío.

La caballería de Alviano y Colonna alcanzó a los franceses cuando pasaban por un puente sobre un corto río que hay antes de llegar a Mola di Gaeta, y les obligaron a hacerles frente, cosa que el marqués de Saluzzo hizo para evitar que la retirada se convirtiera en una desbandada. Al llegar al lugar el grueso del ejército aliado, la infantería española atacó con tal ímpetu que los franceses atravesaron el puente y se refugiaron en Mola para pernoctar aquella noche.

El Gran Capitán ordenó a Pedro Navarro y a García de Paredes que marcharan campo a través y tomaran posición detrás del pueblo para cortar la retirada al enemigo y atacarles por ambos flancos y por su retaguardia. Al amanecer los franceses salieron de Mola. Les siguió el grueso del ejército español y cuando les alcanzaron, las tropas de Pedro Navarro y García de Paredes atacaron por los sitios determinados (los flancos y la retaguardia), provocando el colapso total de los franceses, que iniciaron una desordenada huida perseguidos por la caballería de Colonna, abandonando toda la artillería y la impedimenta. Los supervivientes se refugiaron en Gaeta, mientras que el ejército vencedor acampó en Castiglione, frente a Gaeta.

Los franceses sufrieron unas pérdidas de cuatro mil muertos y otros tantos desaparecidos y prisioneros. La destrucción del ejército francés fue total y el 1 de enero se efectuó la capitulación de Gaeta y el abandono de los franceses del reino de Nápoles. El Gran Capitán hizo su entrada triunfal en Nápoles por segunda vez, donde el pueblo y las autoridades locales le recibieron con gran entusiasmo.

En Francia, la noticia del desastre de Garellano y la capitulación de Gaeta sumieron al rey y a toda la nación en un profundo abatimiento, que sumado a la derrota sufrida en el Rosellón, convencieron a Luis XII de la inutilidad de continuar la lucha. Esta situación hizo que se firmase con España un tratado de paz el 11 de febrero de 1504, que fue ratificado por los Reyes Católicos en el mes de marzo. En virtud de ese tratado, el reino de Nápoles pasó a poder de España.

2.4.3.- Conclusiones sobre las campañas de Italia

A parte de lo ya expuesto en las reflexiones hechas al final de la primera campaña, en esta segunda campaña podemos observar un desarrollo casi definitivo de la infantería hacia un modelo superior que alcanzará su mayor efectividad y definitiva superioridad en el campo de batalla con los “Tercios”.

Como ya se ha señalado, no es solamente la introducción de las armas de fuego, instrumentos que ya utilizaban los demás ejércitos, lo que proporcionaba esa superioridad a la infantería española sobre otra cualquiera. En Ceriñola y Garellano se pone sobre el tapete dos factores decisivos en la utilización de la infantería: Una maniobrabilidad asombrosa de sus unidades,

remedando a Wellington en Waterloo cuando decía que “Napoleón manejaba los cañones como si fueran pistolas”, el Gran Capitán manejaba sus compañías de infantería como si fueran pelotones e indudablemente, esto era debido a una gran preparación de sus oficiales y a una gran disciplina de combate en sus soldados. Dicho de otra manera, era un ejército profesional.

El segundo factor es totalmente anímico y que hace hablar en Garellano a Ivo de Alegre con gran admiración del soldado español. Es la fe, valor, autoestima o como se definió anteriormente; el “honor o el orgullo de pertenecer a su unidad” en la lucha por el triunfo que afloraba en cada soldado.

Por otro lado el Gran Capitán utilizó, lo que modernamente llamaríamos una “metodología” para el planteamiento y desarrollo de la batalla, la cual creó una fecunda escuela. En Calabria, Barletta, Ceriñola y Garellano siguió su guión: Permaner a la defensiva inicialmente observando y estudiando al enemigo; estorbarle y desgastarle con audaces reacciones ofensivas; maniobrar para llevar al enemigo a su terreno (previamente definido), hasta estar en condiciones de asestar el ataque definitivo; por último, el aprovechamiento del éxito hasta la destrucción total del enemigo. Siempre evitó aceptar una batalla hasta no tener seguridad en la victoria o en obtener un mal menor que no entablando el combate. Esta metodología se verá repetida muchas veces a lo largo del tiempo desde la Bicoca, pasando por Pavia, Mühlberg, etc., salvo en Rocroi.

2.5.- La guerra del Rosellón

Como se ha comentado a lo largo de este trabajo, la artillería experimentó en esta época un tremendo desarrollo, lo cual implicó a su vez, la variación de los obsoletos castillos medievales a un nuevo concepto de fortificación con la utilización de la arena y ladrillo por su mejor absorción del impacto que los tradicionales lienzos de piedra.

El castillo de Salces es el ejemplo de la inicial transición de conceptos, desde la fortificación medieval a la renacentista. Edificado en el Rosellón español, fue renovado por el ingeniero Ramiro López por orden del rey Fernando el Católico, dotándole de novedades como las caponeras (comunicación desde la plaza a las obras exteriores, casi siempre protegida por un parapeto con aspilleras o troneras), foso amplio, escarpas, e incluso una galería a lo largo de las cortinas para prevenir el ataque por mina de pólvora, mientras que por otra parte mantenía una arcaizante planta rectangular. En conjunto, recuerda más a un castillo antiguo que a una plaza fortificada. Su finalidad era proteger las penetraciones francesas procedentes del Languedoc.

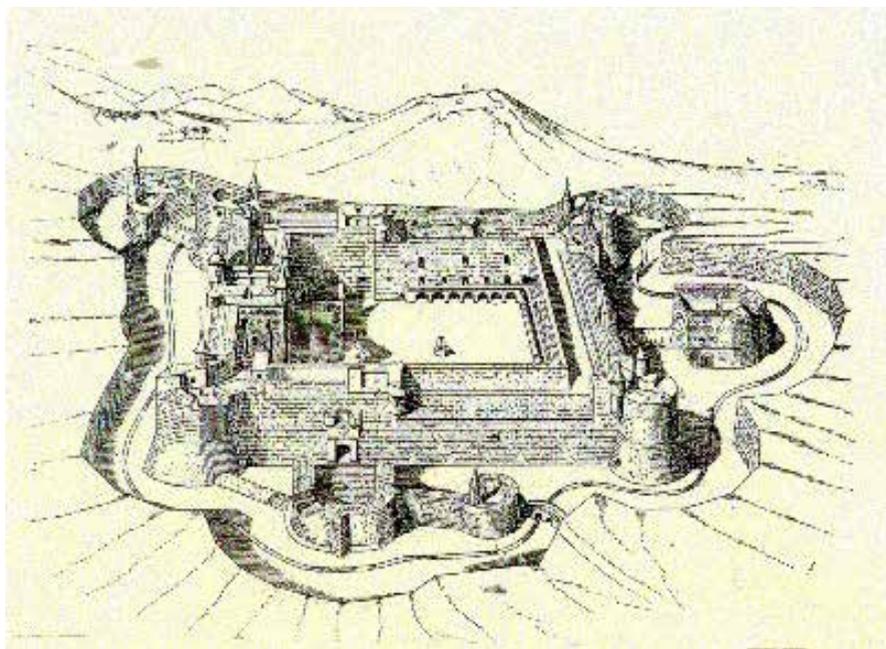


Figura 3. Castillo de Salses, Rosellón (1494-1659). Internet, *Castillo de Salses*

En la “pequeña guerra” del Rosellón, el castillo de Salses, construido en plena evolución de la artillería y ya con elementos modernos, sufrió dos ataques; el primero entre la primera y segunda campaña de Italia; el segundo ataque se produjo en medio de la segunda campaña de Italia, como consecuencia de la derrota de Ceriñola.

El motivo de contemplar en este estudio la “pequeña guerra” del Rosellón, es para tratar, aunque sea levemente, otro aspecto importante de la evolución militar que se estaba produciendo por esos tiempos. Nos referimos a los nuevos diseños de fortaleza, la “trace” italiana, que se empieza a construir para tratar de contrarrestar mejor los efectos de una evolucionada artillería que había dejado obsoletos los castillos medievales. De hecho vemos cómo en 1496, la plaza de Salses es tomada por “sorpresa”, lo cual indica que sus defensores no tomaron las medidas puestas a su alcance para la defensa de la plaza. Sin embargo, en septiembre de 1503, con su guarnición más avisada, el mariscal Rieux no pudo conquistarla.

Por otro lado, en la batalla que el duque de Alba mantiene con el mariscal Rieux, la formación de la infantería española corresponde a lo que podríamos denominar como “estilo moderno” y según Quatrefages antecedente de los “Tercios”. Veamos a grandes trazos en que consistieron ambos ataques.

1496: Primer ataque

Después de finalizar la presencia francesa en Nápoles con la toma de la plaza de Diano por parte del Gran Capitán, el estado de guerra se había trasladado al Rosellón, donde el ejército francés se apoderó por sorpresa en 1496 de la plaza de Salces. El general español Don Enrique de Guzmán concertó con el francés una tregua que duró desde octubre de 1496 hasta enero de 1497, y que fue prorrogándose sucesivamente mientras se encontraba un arreglo a la situación. Carlos VIII de Francia murió inesperadamente en Amboise el 7 de abril de 1498. Con ello se pararon las iniciativas hispano-francesas para negociar la paz. Al difunto rey le sucedió el duque de Orleans con el nombre de Luis XII, que prosiguió las negociaciones de manera que el 5 de agosto de 1498 se firmó un tratado de paz entre Francia y España que devolvía a ésta última la plaza de Salces pero que nada decía sobre Nápoles. Oficialmente, la guerra entre ambas naciones había acabado.

Segundo ataque: Invasión del Rosellón (septiembre - octubre de 1503)

En respuesta a la derrota francesa en la batalla de Ceriñola, el rey Luis XII organizó un ejército para invadir el Rosellón al mando del mariscal de Rieux. Éste invadió el Rosellón con 20.000 soldados y puso cerco a la ciudad fronteriza de Salces el 16 de septiembre. Don Fadrique de Todelo, nuevo duque de Alba, trató socorrer la ciudad desde Ribasaltas.

El rey Fernando el Católico reunió una columna de socorro en Girona y la condujo junto al duque de Alba para marchar a levantar el cerco de Salces con un ejército de 40.000 infantes y 12.000 jinetes.

Cuando el mariscal de Rieux supo que el rey de España estaba en Perpignan y marchaba contra él, levantó el cerco el 19 de octubre y se retiró hacia Francia. El rey don Fernando y el duque de Alba atacaron su retaguardia, le tomaron varias piezas de artillería y le persiguieron de cerca hasta los muros de la ciudad de Narbona, donde el mariscal encontró refugio.

2.6.- Sigüientes etapas de la evolución

Desde la finalización de la segunda campaña de Italia, el ejército español siguió perfilando su evolución en un tiempo donde las confrontaciones militares eran numerosas y donde se dieron importantes batallas con distinta suerte. Hemos elegido dos batallas que por su importancia son ejemplos de esta evolución.

2.6.1.- 1512: Batalla de Rávena

Una de las más relevantes fue la batalla de Ravena (1512), donde Gastón de Foix, duque de Nemours, derrotó a costa de su vida al virrey de Nápoles, don Hugo de Cardona, en la tercera campaña de Italia que tuvo lugar entre 1511 y 1513.

En esta batalla, después del choque de las caballerías francesa y española, la primera arrolló a sus enemigos, provocando una desbandada en las líneas de infantería italiana, quedando en el campo de batalla los cuadros de infantería de Pedro Navarro, el cual, después de resistir los ataques de lansquenets e infantería francesa, aguantó la carga de toda la caballería gala, en esa carga perdió la vida Gastón de Foix. Aprovechando el momento de confusión del enemigo provocado por la muerte del general francés, Pedro Navarro emprendió ordenadamente la retirada.

En esta batalla hubo más de 11.000 muertos, entre los cuales se hallaban personajes ilustres ya conocidos por nosotros como Ivo de Alegre y Pedro de Paz, además del mencionado Gastón de Foix.

2.6.2.- 1522: Batalla de la Bicoca

Ya en 1522, se dio la confrontación entre los temibles cuadros suizos y el evolucionado concepto de la infantería española. El 27 de abril tuvo lugar el encuentro en el bosquecillo existente en el parque de la Bicoca donde Próspero Colonna, antiguo oficial de Fernández de Córdoba, general en jefe del ejército imperial decidió hacer frente al ejército francés enviado por Francisco I para recuperar el Ducado de Milán.

Colonna preparó una posición defensiva sirviéndose de un hondo sendero como foso y colocando en su borde superior la artillería. Dispuso así mismo, a los arcabuceros de cuatro en fondo en la cresta del terraplén y poder alcanzar una cadencia de fuego aceptable. Tras ellos, en dos cuadros, los piqueros españoles y alemanes, dejando en retaguardia la caballería.

El relato sucinto de la batalla nos lo da el Mariscal Robert Montgomery.

“Cuando los suizos avanzaron a través de los campos, fueron segados primero por la artillería y luego por el fuego de los arcabuceros. Los que lograron avanzar hasta saltar el hundido sendero halláronse atrapados en un matadero y fueron aniquilados a mansalva por los arcabuceros que estaban situados tan alto sobre ellos que las picas suizas no podían ni tocarles. Finalmente los piqueros españoles (y alemanes) bajaron para terminar con ellos”.¹⁶

¹⁶ MONTGOMERY, Mariscal Robert: Historia del Arte de la Guerra. Madrid, 1969. Pág. 223.A.

Según algunos autores como el General Martínez Campos y el propio Montgomery, después del frustrado ataque suizo, los piqueros españoles y los lansquenets ante la retirada de los “esguizaros” (así eran llamados los piqueros suizos), bajaron e hicieron una gran carnicería (Montgomery utiliza la expresión “.bajaron para terminar con ellos.”, mientras que otros, como Albi de la Cuesta, con más moderación en sus apreciaciones, nos dicen que los suizos se retiraron “sin dejar de hacer frente”).¹⁷

Sea como fuere, el nuevo concepto de infantería y sobre todo el arcabuz había triunfado sobre los compactos cuadros de los piqueros suizos, (en la Bicoca formaron 15.000 piqueros en dos cuadros de igual cantidad de filas e hileras) considerados hasta entonces la mejor infantería del mundo y que a partir de ese momento moderaron su orgullo y “regresaron a sus montañas disminuidos en número pero mucho más disminuidos en audacia.”¹⁸ La estrategia seguida por Colonna fue la “aprendida” en Ceriñola en la escuela del Gran Capitán.

La euforia por la facilidad con que se había conseguido la victoria ante tan importante rival, hizo que el nombre de la batalla se integrase en el hablar popular como sinónimo de gran ganancia con poco esfuerzo. No obstante a la nueva infantería española le faltaba todavía la gran prueba sancionadora de su valer, derrotar en terreno llano a las fuerzas conjuntas más contrastada de su siglo, es decir, la infantería suiza, la célebre caballería pesada francesa (la gendarmería) y la ya desarrollada artillería.

Esta será la prueba que se pasará en Pavía, el Marqués de Pescara (hijo del primer marqués de Pescara que sirvió con el Gran Capitán), presente en la Bicoca, ya había tomado buena nota de las posibilidades que tenía su infantería.

3.- BATALLA DE PAVÍA.

3.1.- Datos preliminares; el enfrentamiento

Pavía, la romana Ticinum, es una ciudad situada en el suroeste de la Lombardía, en el norte de Italia, a 35 km al sur de Milán. Su situación estratégica de cruce de caminos en la Lombardía, entre Francia, Turín, Milán y el resto de la península italiana, hizo que esta plaza tuviera una presencia importante desde la caída del imperio romano a lo largo de toda la historia.

¹⁷ ALBI DE LA CUESTA, Julio: De Pavía a Rocroi. Madrid. 1999. Pág. 17

¹⁸ Clucciardini. Storia d'Italia. Ed. Baroni. Pág.1204

En el siglo VII, Pavía ya había desempeñado el rol de verdadera capital del reino lombardo. En el siglo X (año 924), fue asediada e incendiada por los magiares. Más tarde, ya en el siglo XIV, Pavía tuvo un brillante resurgir tanto en ciencias como en economía, fundándose la Universidad de Pavía, una de las más antiguas de Europa, o la célebre “Certosa” (monasterio cartujo), que hoy todavía se pueden visitar. La ciudad, en 1524, tendría unos 2.000 vecinos, que con un coeficiente del 4,7 nos daría una cifra aproximada de 9.400 habitantes.

Por esa época, Pavía tenía una muralla en estado muy deficiente, lo que obligará, como veremos más adelante, a Antonio de Leyva a fortificarla. Esta muralla tenía siete puertas de salida. Una al Sur, cruzando el río Ticino por el “ponte Coperto”, llegaba al arrabal y se conectaba vía Génova con Roma.

Al Oeste se encontraban dos puertas; una de ellas unía a dos pequeñas aldeas, San Stefano y San Lanfranco, con Pavía y otra puerta desde la cual salía una carretera hacia Novara.



Figura 4. Ponte Coperto. Internet, *Pavía, Ponte Coperto*

El Norte de la ciudad daba al gran parque-cazadero amurallado del Mirabello, a este cazadero se entraba por dos caminos; uno iba directamente al Castillo que se encontraba a unos tres kilómetros de la muralla de la ciudad, el otro camino cruzaba la actual “roggia Vernaola” que en esos tiempos era un pequeño río y saliendo por la “puerta Pescarina”, en el norte del cazadero, seguía hasta Milán, En invierno con las lluvias y la nieve, la entrada al cazadero se convertía en un enorme y pegajoso barrizal. Un tercer camino, este ya fuera del cazadero, se dirigía también a Milán, bordeando el perímetro amurallado del cazadero por su parte Este, pasaba por la puerta Levrieri defendida por la “Torre del Gallo” y se dirigía a Milán vía Lodi.

Desde la muralla **Este** de Pavía, salía una carretera que conectaba con una pequeña aldea llamada San Pietro, la cual se encontraba a un kilómetro de distancia de la ciudad (ver Figura 1).

El Parque o Cazadero del Mirabello presenta una forma de triángulo isósceles, cuya bisectriz, sería la “roggia Vernaola”, un pequeño arroyo que cruza prácticamente todo el parque desde la puerta Pescarina al norte, hasta la muralla norte de la ciudad, con una distancia de 4 km aproximadamente. Vemos en la figura 1, como desde la puerta Pescarina hasta el Castillo de Mirabello existe una zona de bosque de 1,5 km, que tendrá una gran importancia en el desarrollo de la batalla.

3.1.1.-Antecedentes de la batalla

En el año 1521, dentro de la guerra por el Milanesado, se enfrentaron en Lombardía el ejército francés al mando del Vizconde de Lautrec, junto con los venecianos y el Duque de Toscana contra los imperiales, apoyados estos por las tropas papales y las del Duque de Milán, contando ambos contendientes con grandes efectivos suizos en sus respectivas filas.

Ante la posibilidad de un enfrentamiento entre ambos bandos, la Confederación de Cantones Suizos, ordenó la retirada de sus connacionales tratando de evitar una lucha fratricida, pero solo cumplieron esta orden los que servían en el ejército francés.¹⁹

Lautrec, al ver disminuido sus efectivos, inició la retirada hacia Milán, pero los imperiales salieron en su persecución fiados en su superioridad numérica, llevando en vanguardia a la infantería española venida de Nápoles al mando de uno de los generales más veteranos de Europa, Antonio de Leyva, que a sus cuarenta y cinco años había ya hecho la guerra de las Alpujarras contra los moriscos y había acompañado al Gran Capitán en sus campañas italianas contra los franceses.

Aún se estaban estableciendo los franceses en la plaza, cuando los españoles en un audaz golpe de mano (técnica que luego repetirían en varias ocasiones con gran éxito), escalaron uno de sus bastiones, dando entrada en Milán al resto del ejército imperial²⁰ y obligando a Lautrec a continuar su repliegue hasta Como, abandonando la plaza. Aunque otros autores achacan al “mal tiempo” el descuido de los franceses, no parece muy sostenible esa hipótesis.

Francisco I no podía permitir la pérdida del Ducado de Milán y envió en 1522 un nuevo ejército que ocupó Novara y puso sitio a Pavía. Próspero Colonna, general en jefe de las tropas imperiales, marchó en socorro de la ciudad; conocido esto por el mando francés, salieron en busca

¹⁹ MARTINEZ CAMPOS, Carlos: España bélica, Siglo XVI. Madrid, 1966. Pág. 139.

²⁰ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel: Op. Cit. Pág. 370. Cita de Lanz. “Carta de Lannoy a Carlos V, dándole cuenta de la victoria y destacando la acción de los españoles”.

de un enfrentamiento en campo abierto. Dándose el 27 de abril la batalla de la Bicoca ya comentada con anterioridad.

Al año siguiente, el rey francés, envió un nuevo ejército al mando del Almirante Bonnivent, que tras el combate de Sessia ya en 1524, tuvo que retirarse a través de los Alpes.

En la cuarta y más importante intentona, Francisco I, a la cabeza de un gran ejército en el que le acompañaba toda la nobleza de Francia, el 26 de octubre de 1524 ocupaba Milán; mientras que las escasas fuerzas imperiales presentes se concentraban en Alejandría, Lodi y Pavía, los franceses después de la toma de Milán, para fortalecer su posición, sitiaron Pavía. En su interior Antonio de Leyva con una guarnición de unos 6.000 hombres entre españoles, italianos y alemanes, organizó muy bien la defensa, reforzando los muros y rechazando los asaltos franceses, respondiendo a sus minas con contraminas.

El asedio se prolongó por espacio de algunos meses, lo que permitió a las fuerzas imperiales reforzarse y prepararse para la batalla. No obstante su magnífica defensa, la toma de Pavía por los franceses era cuestión de tiempo, bien por las armas o por hambre.

La llegada a Italia de los 12.000 lansquenets al mando de Frundsberg y la falta de dinero para pagar estas tropas, empujó al Marqués de Pescara a pasar a la ofensiva

Esa falta de dinero podía llevar a la disolución del ejército imperial, ante lo cual, (según Fernández Álvarez en la Historia de España de Espasa Calpe) “los españoles que guarnecían aquella ciudad y Lodi sacrificaron sus pagas para poder satisfacer las exigencias del resto”. Efectivamente se recaudaron fondos, insuficientes por otro lado, entre los mandos del ejército, pero el incluir a todos los soldados españoles, parece algo irreal ya que nos surgen una serie de preguntas difíciles de contestar, por ejemplo, ¿acaso los españoles, si tenían pagas que pudieran “sacrificar”, a diferencia del resto de las tropas? La falta de numerario era general y nos parece más aceptable la versión de Orestes Ferrara cuando señala que “los españoles tras una arenga de Pescara, aceptaron combatir solo por los víveres, lo que sabido por los alemanes se unieron al acuerdo por no parecer menos hombres de guerra”.

3.1.2.- *Composición de las fuerzas*

Tratando de no caer en el “efecto Polibio” (engrandecer el poder del enemigo para así agrandar el mérito de la victoria propia) he seguido la relación de efectivos en la batalla de Pavía que da Piero Pieri²¹ de los dos ejércitos.

²¹ PIERI, Pietro: *Il Rinascimento e la crisi militare italiana*. Torino, 1952. Pág. 483.

	Imperiales (ejército de Pescara)	Franceses	Imperiales (ejército de Leyva en Pavía)
Lanzas	800	1.500	
Jinetes	1.500	2.000	
Infantes	20.000 (1)	23.000 (3)	6.000 (2)
Cañones	17	52	

(1).- 12.000 lansquenetes, 5.000 españoles y 3.000 italianos.

(2).- 5.000 lansquenetes y 1.000 españoles

(3).- 8.000 suizos, 5.000 lansquenetes, 4.000 italianos y 6.000 franceses.

Es notorio, en primer lugar, la gran ventaja que tenían los franceses en caballería, sobre todo si consideramos la caballería pesada (lanzas), la famosa “gendarmería”, compuesta por la élite de la nobleza francesa, además de ser un 50% más numeroso, su homogeneidad y preparación era también muy superior a la española, esto se hizo notar en el campo de batalla.

El número de infantes está más equilibrado entre ambas partes, aunque la suma de las infanterías de Pescara y Leyva suponían 26.000 infantes frente a los 23.000 franceses.

Con respecto a la artillería, la francesa triplicaba en número de bocas de fuego a la imperial. Además gracias a la técnica que habían desarrollado, los franceses podían mover y emplazar con relativa facilidad su artillería pesada.

En la composición de ambas infanterías, observamos la coincidencia de unidades de la misma procedencia en ambos ejércitos; italianos y tudescos. En el caso italiano es normal esta coincidencia ya que lo que estaba en juego era el Milanesado reclamado tanto por el Emperador como por el Rey de Francia, teniendo cada uno sus propios aliados dentro de Italia. El caso de los lansquenetes es distinto ya que los unos servían a “su” emperador, mientras que los otros, los del bando francés, eran unos mercenarios vendidos a su enemigo y eran “odiados a muerte...por tenerles por traidores a su señor natural”²² según sus compatriotas del ejército imperial. Tema que salió a flote en el campo de batalla.

Según los esquemas tradicionales de la guerra vigentes en esos momentos, era indudable que Francisco I tenía una gran ventaja sobre las tropas imperiales al dominar la caballería y la artillería, estando la infantería muy igualada, por lo menos en número.

Se trata de dos conceptos de ejército distintos. El francés con grandes connotaciones feudales, basando su estructura en los “caballeros acorazados de la gendarmería”, con el apoyo táctico para “batir el campo enemigo” de

²² Albi de la Cuesta. Op. Cit. Pág. 21

una potente artillería y una infantería que junto a los suizos, destacaba el modelo del lansquenete alemán que también formaba en las filas imperiales con el Virrey de Nápoles Lannoy y que ya empezaba a quedarse anticuado.

El modelo imperial basado en una infantería moderna encarnada en los arcabuceros españoles, de cuya eficacia el Marqués de Pescara obtuvo una gratísima experiencia en la batalla de la Bicoca.

3.2.- *Desarrollo de la batalla*

Para una mejor comprensión de los movimientos tácticos que se van a desarrollar, sugiero que se tenga presente la figura 1 (página 36), donde aparece completo el campo de batalla. No obstante debemos hacer notar que las indicaciones cuantitativas de las distintas unidades representadas, a veces son solo aproximaciones, aunque su situación en el teatro de operaciones es bastante correcta.

El invierno de 1525 había sido muy duro, las frecuentes lluvias y nevadas habían dejado los caminos embarrados y las densas nieblas facilitaban las celadas en valles y pasos, ocultando los movimientos del enemigo.

Los primeros movimientos de la batalla en sí, comenzaron el día 7 de febrero de 1525 cuando Pescara llegó a la vista de Pavía y tras instalar su campamento en frente de la puerta Levrieri, resguardado de la temible artillería francesa que en esos momentos estaba enfilando la ciudad cerca de la Torre del Gallo, se dedicó a hostigar a los franceses con alarmas nocturnas, (recuérdese el “golpe de mano” ya relatado, efectuado por Antonio de Leyva en la toma de Milán). En uno de ellos en la noche del 19 al 20 les sorprendió con una fuerte “encamisada” (los soldados se colocaron una camisa encima de sus corazas para camuflarse con la nieve y también para reconocerse por la noche), que causó al enemigo 2.000 bajas y la pérdida de 9 cañones.²³ Probablemente esa “encamisada” debió de constituir un gran éxito, pero la cifra de bajas del enemigo nos parece excesiva, ya que ello supone la pérdida de casi el 10% de la infantería enemiga y el 18% del total de su artillería. Fray Juan de Oteyza, de donde proviene dicha información, quizás se dejó llevar por la euforia del éxito.

Esta estrategia de “golpes de mano” del Marqués de Pescara tenían una misión doble; primero, la de tantear algún resquicio en la línea defensiva francesa y segundo desorientar al mando francés sobre el esperado definitivo ataque de los imperiales.

²³ CONDOI. Madrid. Tomo 9, Págs. 426-429. Relación de lo que escribió Fray Juan de Oteiza.

Los franceses se encontraban bien atrincherados y conociendo los problemas de pago de los imperiales, no tenían la menor prisa ni intención de combatir en campo abierto. Además a los quince días, empezaron a escasear los víveres en el ejército imperial y varios oficiales recomendaron a Pescara la retirada hacia Milán. Pescara, tan excelente psicólogo como general, se ganó la voluntad de sus tropas con la siguiente arenga:

“Hijos míos, todo el poder del emperador no basta para darnos mañana un solo pan. ¿Sabéis el único sitio donde podemos encontrarlo en abundancia? En el campamento de los franceses que allí veis.”²⁴

Al ver Pescara la imposibilidad de ofrecer batalla a Francisco, ya que un ataque frontal contra el dispositivo francés habría sido suicida al encontrarse protegidos por dos líneas de fortificaciones, una mirando a la ciudad y otra al exterior, decidió dar un rodeo al parque y adelantar dos compañías de “encamisados” para fracturar el muro cerca de la puerta Pescarían e introducirse en el cazadero, tratando de conseguir dos objetivos; el elemento sorpresa (al ser un punto bastante alejado del campamento imperial y de su artillería), y cortar las comunicaciones del ejército francés con Milán.

A medianoche del día 23 de febrero de 1525, el grupo de encamisados, comenzó a abrir tres brechas en el lienzo de una muralla que tenía dos metros y medio de alto por unos cuarenta centímetros de espesor, tratando de sorprender a los franceses. Por desgracia para los imperiales, forzar la muralla del parque y comenzar a introducirse en él costó más de lo previsto y hasta las seis de la mañana, la vanguardia imperial no llegó al palacio de Mirabello. Alertados los franceses, dispusieron del tiempo suficiente para organizar sus tropas y su estrategia para la batalla.

3.2.1.- *Despliegue francés*

Alertado Francisco I del movimiento del ejército imperial y convencido de su superioridad, abandonó sus posiciones que habían quedado desbordadas por el movimiento de Pescara y desplegó a su caballería y a toda su artillería (más de treinta piezas de pesada y otras de menor calibre). Estas baterías eran una de sus bazas tácticas más importantes frente a los imperiales ya que gracias a la técnica que habían desarrollado los franceses, podían mover y emplazar con relativa facilidad su artillería pesada. Probablemente esa fue la mayor sorpresa con la que se encontró el Marqués de Pescara, quien seguramente

²⁴ ESLAVA GALÁN, Juan: La Historia de España, contada para excépticos. Barcelona, 1995.

daba por hecho que las baterías de su adversario continuarían apostadas junto a Pavía. Error que pudo costarle la victoria al ejército imperial.

El despliegue francés, quizás influido por la falta de tiempo, era poco elaborado. Su mayor defecto consistía en la escasa cohesión de su línea de batalla, lo cual pesará mucho en el resultado del encuentro. Constaba de tres grupos de combate separados entre sí, dos en el cazadero y el tercero cercando Pavía.

En el primero, al Oeste de la roggia Vernaola, se encontraba el rey junto al grueso de la caballería pesada. La artillería, dirigida por un gascón veterano y experto, Galliot de Genouillac, que desde la posición elegida y teniendo en cuenta la líneas de avance de los imperiales los enfilaba de través. Un poco más alejados de lo recomendable se encontraban los 4.000 lansquenets de Güeldrés, las famosas “bandas negras”, comandados por Suffolk (Richard de la Pole), además de parte de la infantería francesa, unos 2.000 gascones y bearneses.

En el segundo grupo al Este de la roggia Vernaola, estaba Fleurange con unos efectivos de entre 3.000 a 5.000 hombres. Su flanco derecho estaba protegido por un cuerpo de caballería ligera de unos 500 jinetes, al mando de Tiercelin.

El tercer grupo era el formado por la retaguardia que mantenía el cerco a Pavía, cortando y bloqueando las distintas salidas. Al Oeste, El Duque de D’Alençon (Alenzón en el plano), taponaba las comunicaciones con Novara y bloqueaba la carretera de San Lanfranco con unos dos mil hombres y una unidad de 400 lanzas de apoyo, (en el definitivo despliegue ante-batalla, D’Alençon pasará con su caballería pesada a estar junto al rey). Al Este y Sur, Montmorency desplegaba a tres mil hombres bien atrincherados, tapando la carretera de Lodi e impidiendo la entrada en Pavía del ejército imperial y con otros mil gascones ocupando el arrabal a la salida del “ponte Coperto”, bloqueando todas las salidas de Pavía exceptuando las dos que entraban al cazadero. Por último unos mil hombres apostados en la puerta de Levrieri a fin de controlar el campamento imperial o acudir rápidamente al campo de batalla.

3.2.2.- Despliegue imperial

Pescara había convenido con Leyva que a una señal (dos cañonazos), este último saldría de Pavía y se juntarían en el parque dividiendo las fuerzas francesas en dos.

Por las tres brechas abiertas, entraron primero la caballería ligera (los jinetes) al mando de Sant’Angelo y el Marqués de Vasto (sobrino de Pescara) con 3.000 arcabuceros de los cuales 2.000 eran españoles y 1.000 italianos; tras ellos, lo hicieron la caballería imperial al mando de Lannoy (a la sazón

virrey de Nápoles), apoyada por el resto de los españoles de Pescara y los alemanes de Frundsberg, finalmente los italianos con 16 piezas de artillería.

La columna de avance imperial, atravesaba el bosque que cubría buena parte de ese sector del parque, al detectar el dispositivo francés, comenzó a desplegarse frente a su enemigo de la siguiente forma; Pescara encabezó una unidad de españoles que llevó hacia la colina en cuya cima se levantaba el palacio de Mirabello, una posición desde la cual se dominaba el campo de batalla y se podía, además, sorprender de través a los franceses si estos desencadenaran un ataque, cubriendo el flanco izquierdo de su línea de batalla, que junto con el marqués de Vasto, comandaba la infantería española, tanto arcabuceros como piqueros (en este orden de izquierda a derecha).

En el centro estaba Frundsberg con el grueso de los lansquenets, apoyado por la caballería pesada de Lannoy y flanqueado a su derecha por las unidades también de lansquenets mandadas por Salm y Sittich. En el flanco derecho del dispositivo, entre Sittich y el muro del cazadero, estaba posicionada la caballería ligera de Sant Angelo.

3.2.3.- *Primeros encuentros*

El expuesto centro de la línea de batalla imperial, comenzó a sufrir los efectos devastadores de la artillería de Francisco I, “más de 30 piezas gruesas, más otras muchas de campaña (...) que traen una nueva manera que sin quitar la pieza de los caballos podían jugar,”²⁵ causando gran daño a los alemanes que se retiraron unos metros e intentando aprovechar el bosque y los desniveles del terreno para guarecerse en lo posible de los efectos del fuego francés.

En aquellos momentos iniciales de confusión, las tropas de Fleurange, junto a la caballería ligera de Tiercelin avanzaron incontenibles en dirección a la brecha por donde habían entrado los imperiales, con el ánimo de sorprender la retaguardia de Pescara en unos momentos en que sus fuerzas se encontraban casi clavadas sobre el terreno por el fuego graneado de las baterías francesas.

Pero la caballería francesa y parte de los suizos, se toparon frontalmente con una unidad de infantería napolitana que, retrasada y desorientada, se encontraba todavía marchando por aquel sector. La disciplina y cohesión de las tropas al servicio del Emperador evitaron el desastre. Mientras el capitán Papacoda, al mando de esa unidad, sopesaba la posibilidad de replegarse sobre una alameda cercana a la puerta Pescarina, fue increpado por uno de sus alféreces que le espetó, “que para un día como aquel os había

²⁵ CODOIN. Tomo 9, Pág. 430.

pagado el emperador muchos años y por tanto no os cumple menear de donde estáis, sino tened por cierto que el primer picazo que yo daré será a vos”. Obviamente el capitán se mantuvo en el lugar preparado para lo peor.

El choque fue terrible, los napolitanos lucharon con bravura pero no pudieron evitar ser aniquilados, esa resistencia evitó un posterior avance al agotar el poder combativo de la caballería de Tiercelin, que sufrió un gran número de bajas. Los suizos, por su parte, ya sin oposición se toparon con las pocas piezas de artillería ligera española que había en aquel lugar y que utilizaron contra los imperiales mientras daban ya los usuales gritos de victoria: ¡Francia, Francia! dando la jornada como prácticamente ganada.

3.2.4.- *El choque decisivo*

Francisco I, desorientado por la niebla que cubría el campo y animado por el pequeño triunfo local de Fleurange, creyendo que la infantería imperial estaba desmoralizada por la acción de su artillería, vio segura la victoria y con una mentalidad medievalista que nos recuerda a la batalla de Ceriñola, dió una carga a “pecho petral” con su caballería pesada sobre la imperial, lo que para él constituía la fuerza de un ejército. La caballería imperial fue derrotada y obligada a retroceder y Francisco I consideró la batalla ganada. Pero en el modelo español quedaban por jugar la baza más importante.

La carga del rey de Francia obligó a su artillería a detener el fuego y le separó además de las “Bandas Negras” de Suffolk. Los lansquenets imperiales se introdujeron en un bosquecillo a su retaguardia, haciendo imposible a la caballería francesa seguirles.

El **Virrey de Nápoles, Lannoy**, a la sazón al frente de la caballería pesada española derrotada y que había observado el avance de **Fleurange**, envió, presa de turbación, a decir a **Pescara** que estaba situado en la posición de Mirabello: “*que lo mejor que se podía hacer era refugiarse dentro del foso de Mirabello, que al lugar acudirían todos y así, a salvo de los tiros de la artillería francesa, podrían sopesar con calma las salidas que se les ofrecían.*”²⁶. El **Marques de Pescara**, al recibir la nota del **Virrey**, le remitió la orden de rehacerse y cargar de nuevo con su caballería sobre las posiciones francesas.

El **Virrey** volvió a enviar a **Pescara** la recomendación de que lo más adecuado sería replegarse sobre Mirabello, y **Pescara** de nuevo a ordenarle el asalto de las posiciones francesas. **Pescara** se daba cuenta de que era

²⁶ FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel: Op. Cit. Pág. 370. Citando a Lanz, “Carta de Lannoy a Carlos V, dándole cuenta de la victoria y destacando la acción de los españoles”. Esta carta se encuentra en la biblioteca del Monasterio del Escorial y ha podido ser analizada por el autor de este trabajo.

totalmente absurda la idea del **Virrey**. Replegándose a los fosos de Mirabello serían rápidamente copados por sus enemigos, quienes podrían entonces recolocar a voluntad sus baterías y someterles a un castigo mucho mayor al que hasta ese momento habían recibido.

Pescara, mandó a Del Vasto reforzar con sus arcabuceros el flanco derecho imperial, y por su parte, abandonó Mirabello tomando al centro y tomando sus arcabuceros posiciones de tiro en el flanco derecho de la “gendarmería”. Desde él, abrieron un fuego devastador contra los gendarmes, que dispersados tras la carga, se estaban reorganizando en un terreno pantanoso que dificultaba los movimientos de sus pesados caballos. Los disparos se dirigían especialmente contra las cabalgaduras, que caían a decenas, arrojando por tierra a sus dueños, los cuales abrumados por el peso de las armaduras, apenas podían levantarse. A su vez, pequeños destacamentos de peones con espadas y dagas en mano, se infiltraban en la deshecha formación rematando o haciendo prisioneros a los caídos.

Mientras por el flanco izquierdo francés, la caballería mandada por Lannoy y Borbón, ya reorganizada para entonces y siguiendo la estricta orden dada por Pescara, atacaban a los hombres de armas.

La llegada de la arcabucería de Del Vasto por el flanco izquierdo francés acaba por decidir la situación, pues la gendarmería francesa se vió diezmada y desmontada por el denso fuego que se le hacía por ambos flancos.

Al mismo tiempo, los lansquenets imperiales al mando de Frundsberg, salvados de la presión de la caballería y sobre todo de la artillería enemiga, avanzaban hacia las baterías de artillería francesas, las “Bandas Negras” acudieron a defenderlas, es un choque fratricida entre tudescos. Los que están al servicio del emperador Carlos odiaban a muerte a sus compatriotas a sueldo de Francia, por tenerles por traidores a su señor natural, el emperador. Habían adoptado por otra parte, un despliegue de menor profundidad, pero mayor frente, lo que les permitía envolver a sus contrarios, provocando en ellos una huida tan desordenada que arrastraron a los todavía intactos suizos de Fleurange.

Por su lado, el grueso español, atacó a los suizos, quienes abrumados por el fuego de la arcabucería y al ver a los alemanes y a los gendarmes vencidos, se entregaron a una “infame fuga”, tirando las picas y cualquier otro pertrecho tras una muy corta resistencia. “Cosa increíble de decir” según un testigo ya que esas tropas eran famosas porque hasta entonces nunca habían vuelto las espaldas.

El denominado “tercer grupo de combate” francés, apostado alrededor de Pavía, fue atacado y puesto en fuga por los hombres de Leyva que

retrasados por el terreno pantanoso, no pudieron llegar a tiempo de reunirse con Pescara y la desbandada en el ejército francés fue total. Lannoy ordenó entonces una persecución a fondo que terminó a orillas del Tesino, en cuyas aguas se ahogan muchos de los fugitivos.

El ejército del rey había sido prácticamente aniquilado. Se estima en unos 15.000 el número de bajas, incluyendo 3.000 “esguizaros” capturados, que serían puestos en libertad a cambio de la promesa de no volver a servir contra el imperio. La lista de bajas, entre muertos y prisioneros, por el lado francés nos muestra lo más granado de la nobleza francesa, encabezada por su propio rey, aparecen entre ellos; el rey de Navarra, el gran maestre de Francia, Montmorency, La Tremouille, La Palice, Bussy, Bonnivent (este se suicidó ante la gran debacle), Nevers, etc.



Figura 5. El campo de batalla del día 24. Internet;
Las grandes batallas de la historia de España

3.2.5.- *La captura de un rey*

Uno de los lances más famoso de la batalla fue la aprehensión del rey de Francia por las fuerzas españolas. La bibliografía en torno a este suceso es abundantísima, pero aquí seguiremos la formidable línea del análisis que sobre este lance hizo en su día el profesor Arocena Arregui.²⁷

Arocena prescindió de versiones no contemporáneas del suceso, salvo de aquellas que fueron elaboradas con información coetánea de este hecho. La cuestión queda así limitada a las informaciones de personas que estuvieron implicadas en el momento de los hechos, transcribiendo únicamente lo directamente referido en el momento de la aprehensión.

Sobre la relación, extraída de las cartas de los Capitanes del Emperador, dice: “acudió mucha de nuestra gente y mataron el cavallo al Rey de francia y caído en terra los alemanes lo querían matar pero el temiendo la muerte dio boces diziendo que no le matasen que hera el rrey de francia y en esto sobre vino el bisorrey de napoles y lo salbo la vida tomando lo en presión”.²⁸



Figura 6. Cuadro de la batalla de Pavía del Museo de la Armería de Álava. Ataque de los lansquenets imperiales a la artillería francesa, cruzando la “roggia Vernaola”

²⁷ AROCENA ARREGUI, Fausto: Revista Internacional de los Estudios Vascos, 1934. Págs. 445-452. Juan de Urbietta y la prisión de Francisco I.

²⁸ Archivo de la Catedral de Burgos Vol. 47. Fols. 213 a 221, Relación de las nuevas de Ytalia, sacadas de las cartas de los Capitanes e Comisarios del emperador y rrey nuestro señor han escrito a su magestad.

Juan de Oznayo²⁹ narra el suceso de esta forma: “iba casi solo, cuando un arcabucero le mató el caballo, y yendo a caer con él, llegó un hombre darmas de la compañía de D. Diego de Mendoza, llamado Joanes de Urbieta, natural de la provincia de Guipúzcoa y como lo vió tan señalado, va sobre él al tiempo que el caballo caía; y poniéndolo el estoque al un costado por la escotadura del arnés le dijo que se rindiese. El viéndose en peligro de muerte, dijo: «la vida que soy el rey». El guipuzcoano lo entendió aunque era dicho en francés; y diciéndole que se rindiese, él dijo «Yo me rindo al Emperador». Y como esto dijo, el guipuzcoano alzó los ojos y vió allí cerca al alferez de su compañía que cercado de franceses estaba en peligro; porque le querían quitar el estandarte. El guipuzcoano, como buen soldado, por socorrer su bandera, sin acuerdo de pedir gaje o señal de rendido al rey, dijo «Si vos sois el rey de Francia, hacedme una merced». Él le dijo que se lo prometía. Entonces el guipuzcoano alzando la visera del lámete, le mostró ser mellado, que le faltaban dos dientes delanteros de la parte de arriba, y le dijo: «En esto me conoceréis»; y dejándole en tierra la una pierna debajo del caballo se fue a socorrer a su alferez, y hízolo tan bien, que con su llegada dejó el estandarte de ir a manos de franceses. Luego llegó a donde el rey estaba otro hombre darmas de Granada, llamado Diego de Ávila, el cual como al rey viese en tierra con tales atavíos, fue a él a que se rindiese, el rey le dijo quien era y que él estaba rendido al emperador; y preguntándole se había dado gaje, el dijo que no. El Diego de Ávila se lo pidió, y él le dio el estoque que bien sangriento traía y una manopla; y apeado Diego de Ávila trabajaba sacarlo del caballo. Y en esto llegó allí otro hombre darmas, gallego de nación, llamado Pita, el cual le ayudó a levantar y tomó al rey la insignia que de Sant Miguel al cuello traía en una cadenilla, que es la orden de la caballería de Francia, y tráenla como los del Emperador el Tusón.”

Alonso Pita se expresó de la siguiente forma: “yo le pregunte donde yva la personal del Rey, y el me dixo que yva adelante cabe una enseña blanca, e yo me fuy derecho a ella, y allegado, llegose Joanes de Orbieta y el asio al Rey de el braço derecho, y luego Diego de Avila, yo por el lado izquierdo le tome la manopla y la banda de brocado con quatro cruces de tela de plata y en medio el crucifixo de la Vera Cruz que fue de Carlo Manno, y por el lado derecho llego luego Joanes de Orbieta y le tomo del braco derecho y Diego de Avila le tomo el estoque y la manopla derecha, y le matamos el caballo y nos apeamos Joanes e yo”.

Antonio Suárez de Alarcón, biógrafo y tal vez allegado del Señor de Alarcón, combatiente en la batalla de Pavía y guardador luego del Rey

²⁹ GARCÍA VILLADA, Z.: Razón y Fe, Tomo 71, pág. 310. La Batalla de Pavía y sus resultados.

prisionero, dice a continuación: “Despues de Vrbieta llegaro otros al Rey, procurando cada vno adquirir la gloria de auerle hecho prisionero. Diego de Avila, hobre de Armas de la Compañía. del SEÑOR ALARCON fue el primero que llegó y en señal le dió el Rey una manopla; y a este tiempo llegó también otro hombre de Armas Gallego, llamado Pita, y ayudando a levantar al Rey del suelo, le quitó del cuello el collar que traía de la Orden de S. Miguel.”

Las referencias del suceso contenidas en los Privilegios otorgados por el Emperador Carlos V a diversos personajes fueron las siguientes.

*En el de Diego de Ávila:*³⁰ “llego donde el dicho rey de Francia estaba peleando y lo derrocó del caballo abajo e se le rindió por prisionero”.

*En el de Alonso de Pita:*³¹ “y en la misma batalla hicisteis tanto, que llegasteis a la misma persona del dicho Rey, y fuisteis en prenderle juntamente con las otras personas que le prendieron”.

*En el de Juan de Urbietta:*³² “Fue uno de los que fueron a hacer rendir y prender al dicho rey de Francia”.

*En el de Juan de Aldana:*³³ “et rege dimicante ad manus tuas et aliorum militum ipse succubuit”.

Las cuales coinciden con las certificaciones de Francisco I, de las que se conocen las dadas a Alonso de Pita y a Juan de Urbietta y solo referencia la entregada a Diego de Ávila. Puesto que no señalan diferencias en favor de alguno de los aprehensores, nos limitaremos a consignar, según la reproducción del original francés que se debe a la información facilitada por el Marqués de Rafal donde aparece el siguiente párrafo, “fué de los primeros que fueron en nuestra prisión, cuando fuimos presos delante de Pavía”.³⁴

Terminamos la serie de testimonios imperiales y regios con las palabras que constan en la renuncia al trono formulada por Francisco I, son estas: “...et après avoir esté en icelle bataille nostre cheval tué sous nous, et avoir plusieurs de nos ennemis converti leurs armes sur nostre personne, les uns pour nous tuer, les autres pour nous faire proie et butin...”.³⁵

³⁰ CODOIN. Tomo XXXVIII. Pág. 551.

³¹ MARQUÉS DE RAFAL: Boletín de la Academia de la Historia. Tomo CIV. Un Privilegio de Carlos V.

³² Compendio historial de la M. N. y M. L. por D. Lope de Isasti. San Sebastián, 1850. Pág. 527.

³³ CANTÚ, C.: Historia Universal. Barcelona. Tomo VI, Pág. 86.

³⁴ MARQUÉS DE RAFAL: Op. Cit. En lámina encartada.

³⁵ A.J.C. Saint Prosper. Histoire de France. Tomo II. París, 1839. Pág. 250.

Para concluir y siguiendo a Arozena Arregui: “Nos encontramos con que los cuatro aspirantes al honor de haber hecho prisionero a Francisco I, están provistos de sendos Privilegios imperiales y certificaciones reales que acreditan su participación en el hecho. Atenuado el valor demostrativo de estas fuentes por su vaguedad y por algunas contradicciones que se advierten en su cotejo, la conclusión que se deriva de su estudio es, que tanto Diego de Ávila, como Alonso Pita, Juan de Urbieta y don Juan de Aldana, participaron en algún grado en la aprehensión del Rey de Francia”.

La relación de los Capitanes y la narración de Pita son evidentemente parciales, ya que se concentran en unas mismas personas las funciones de juez y parte, en tanto que la crónica de Oznayo no parece sospechosa.

Si se acepta el texto de Oznayo, seguido por tantos historiadores, tendríamos que atribuir “cierta” prioridad a Juan de Urbieta en el honor de la prisión de Francisco I de Francia en la batalla de Pavía. No chocó en el ambiente de la época, instruido en la importancia del suceso, que el “gizón de Abillats” se transformase en Caballero santiaguista, Capitán y Continuo de S. M., y blasonase los lienzos de su casa solar con un escudo en el que figuraba “una campo verde, y junto al campo, el río Tesino pintado con las ondas de la mar, y por encima del río, un campo blanco, y en el campo verde, debajo, un medio caballo blanco, en el pecho una flor de lis con su corona y el freno y riendas coloradas y la rienda caída al suelo, y más un brazo armado con su estoque alzado arriba”.

De todas formas, como apunta muy juiciosamente Arocena Arregui, la gloria de esta hazaña, sea para quien sea, fue una “gloria de lotería”.

3.3.- *Consecuencias de la batalla*

En un somero análisis de lo relatado podemos observar la decisiva contribución al éxito que tuvieron los infantes españoles y muy especialmente su arcabucería, cuya labor fue resaltada por el Virrey de Nápoles al darle al Emperador cuenta del suceso. El resultado fue que la infantería imperial, además de como señala Quatrefagues “los grandes errores franceses”, impuso su nueva ley de combate, demostrando que también podía vencer, como en la Bicoca a los suizos y a la conjunción de caballería-artillería que preconizaba Francia. Ambas batallas demostraron la superioridad táctica y organizativa de una infantería que era decisoria y “cuyas virtudes y capacidad la hicieron ser durante siglo y medio el soporte del imperio español”.³⁶

³⁶ MAS CHAO, Andrés: *La Infantería en torno al siglo de oro*. Madrid, 1994. Pág. 192.

A partir de Pavía, el arcabuz se hizo el dueño del campo de batalla, “democratizando” el ejército, borrando a los ilustres hombres de armas, haciendo subir en la escala social de la guerra a los soldados desde humildes “peones” a dignísimos “infantes”. Ese “arma infernal” como la describe Cervantes, cambió la filosofía y el planteamiento de las batallas, complementándose a la perfección con los piqueros y juntos crear unas unidades de combate que fueron imbatibles durante cerca de siglo y medio.

En esta batalla también se puede observar la gran movilidad táctica de las unidades de combate españolas, diferenciándose totalmente de la rigidez de las formaciones tanto suizas como de los lansquenets, llamadas a desaparecer. Esta movilidad táctica fue conseguida gracias a una gran disciplina de movimientos, ya preconizados por las virtudes de “Orden y la Obediencia” de Alonso de Palencia.

La demostrada agilidad táctica española, contrasta fuertemente con la pesadez de los hombres de armas, la caballería pesada, la cual se escudaba en un choque devastador, sus legendarias cargas, es decir, lo que al final fueron sus dos puntos vulnerables; el caballo y la pesadez de la armadura, ya que o bien descabalgados se les convertía en inermes o se les hacía imposible superar las formaciones en cuadro de la infantería y el fuego graneado de los arcabuces. Estas limitaciones no fueron parcialmente superadas sino a partir de finales del siglo XVI.

Este nuevo concepto de formaciones disciplinadas, con gran agilidad de movimientos y una gran potencia de fuego táctico, ya muy advertido anteriormente y palpablemente demostrado en esta batalla fue el detonante, nunca mejor dicho, de la reorganización de la infantería española que diez años después nos llevaría a la creación de los Tercios.

Por otro lado Pavía significó, si no la desaparición definitiva del “príncipe medieval” guiando a sus tropas en el mismo campo de batalla, (el emperador Carlos todavía lo siguió haciendo), sí dejó esa figura en “vías de extinción”. Nunca más se volvió a ver un rey encabezando una carga de caballería y ser hecho prisionero con la espada ensangrentada “el estoque que bien sangriento traía”, ni a tener el concepto de una caballería nobiliaria como fuerza de choque definitiva. Figuras, todas ellas medievales, de un rey que todavía pensaba en medieval.

4.- CONCLUSIÓN

Como final del trabajo recordemos lo que pensaban sobre los infantes españoles algunas de las personalidades del siglo:

“La infantería, principalmente la de Castilla, goza de gran reputación y es considerada como excelente, creyéndose que en la defensa y asedio de plazas, en que tanto valen la destreza y agilidad de cuerpo, supera a todas; por esta razón y por su valor son bastante útiles en una jornada; de modo que se podría disputar cuales, de los españoles o los suizos, serían mejores en campo abierto” (Guicciardini, Embajador veneciano, 1512).

“Los españoles... todos tienen el cuerpo apto para el ejercicio de las armas y apto para sufrir; son también hombres de ingenio y estiman el honor; no estiman serlo en otras cosas que el ejercicio de las armas; por eso son tan aptos como puedan ser los de otras naciones para el ejercicio de la guerra” (Contarini, Embajador veneciano, 1525).

“Yo no se que diga, sino que ellos son cinco mil españoles que parecen cinco mil hombres de armas y cinco mil caballos ligeros y cinco mil infantes y cinco mil gastadores y cinco mil diablos que los soporten” (Almirante Bonnavet, en carta al Barón de Lautrec, 1520).

Efectivamente, había que tener una gran frialdad y enorme valor para efectuar los piqueros esos ágiles despliegues-repliegues tácticos cuando se enfrentaban a los batallones compactos suizos o para aguantar a pie firme, la carga de la caballería enemiga y la difícil y laboriosa recarga de las de los arcabuces.

Desde luego que hubo una gran “evolución”, tanto en las tácticas como en el armamento, sin olvidar, como ya se ha dicho, que dicha evolución no fue privativa del reino hispano, que las enseñanzas del genio militar Gonzalo de Córdoba fueron bien aprendidas por el resto de los países. ¿Qué fue entonces lo que proporcionó a los tercios españoles esa innegable superioridad durante siglo? La razón, por eliminación de todas las demás consideraciones, fue que en nuestra infantería, esa “evolución” estuvo soportada por una materia prima de primerísima calidad: El infante español.

BIBLIOGRAFÍA

- ALBI DE LA CUESTA, Julio: *De Pavía a Rocroi*. Madrid, 1999.
- ALMIRANTE, José: *Bosquejo de la Historia Militar de España*. Madrid, 1923.
- AROCENA ARREGUI, Fausto: “Juan de Urbieta y la prisión de Francisco I”, en *Revista Internacional de los Estudios Vascos*, 1934.
- CODOIN. Madrid. Tomo IX.
- DE PALENCIA, Alonso: *El tratado de la perfección del triunfo militar. 1456-59*.
- GARCÍA VILLADA, Z.: *La Batalla de Pavía y sus resultados*. Razón y Fe, Tomo 71.
- GLUCCIARDINI: *Storia d'Italia*. Ed. Batoni.
- ESCALANTE, M.F.: “El sustrato étnico español y el orden militar renacentista implantado por Gonzalo Fernández de Córdoba (La batalla paradigmática)”.
- ESLAVA GALÁN, Juan: *La historia de España contada para escépticos*. Barcelona, 1995.
- FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel: *Historia de España*. Tomo XX.
- LADERO QUESADA, Miguel Angel: *La guerra de Granada*. Madrid, 1969.
- LÓPEZ DE COCA, José Enrique y PEINADO SANTAELLA: *Historia de Granada*. Granada, 1987.
- MARTINEZ CAMPOS, Carlos: *España bélica. Siglo XVI*. Madrid, 1966.
- MARTINEZ RUIZ, Enrique: “Los ejércitos en tiempos de Isabel I”.
- MAS CHAO, Andrés: *La Infantería en entorno al Siglo de Oro*. Ministerio de Defensa, 1963.
- MONTGOMERY, Robert: *Historia del Arte de la Guerra*. Madrid, 1969.
- PEINADO SANTAELLA, Rafael: *Historia del Reino de Granada*. Granada, 2000.
- PIERI, Piero: *Il Rinascimento e la crisi militare italiana*. Torino, 1952.
- QUATREFAGES, René: *La Revolución militar moderna*. Ministerio de Defensa, 1996.
- PARKER G.: *La Revolución Militar. Las innovaciones militares y el apogeo de Occidente 1528-1800*.
- SÁNCHEZ DE TOCA, José María: *La Infantería entorno al siglo de oro*. Madrid, 1994.
- SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis: *Historia de España*. Tomo 7. Ed. Gredos.

Recibido: 30/09/2016

Aceptado: 29/11/2016